

POESÍAS

DE

M. FERNÁNDEZ RUANO

Publicadas á expensas del
Exemo. Ayuntamiento de
Córdoba por acuerdo de 13
de Agosto de 1888.

22 cmf

R. 77.577



M. FERNÁNDEZ RUANO

COLECCIÓN DE POESÍAS

PUBLICADAS Á EXPENSAS

DEL

Excelentísimo Ayuntamiento de Córdoba

PRECEDIDAS DE UN PRÒLOGO DEL

Sr. D. Francisco de B. Pavón

Cronista de la Ciudad

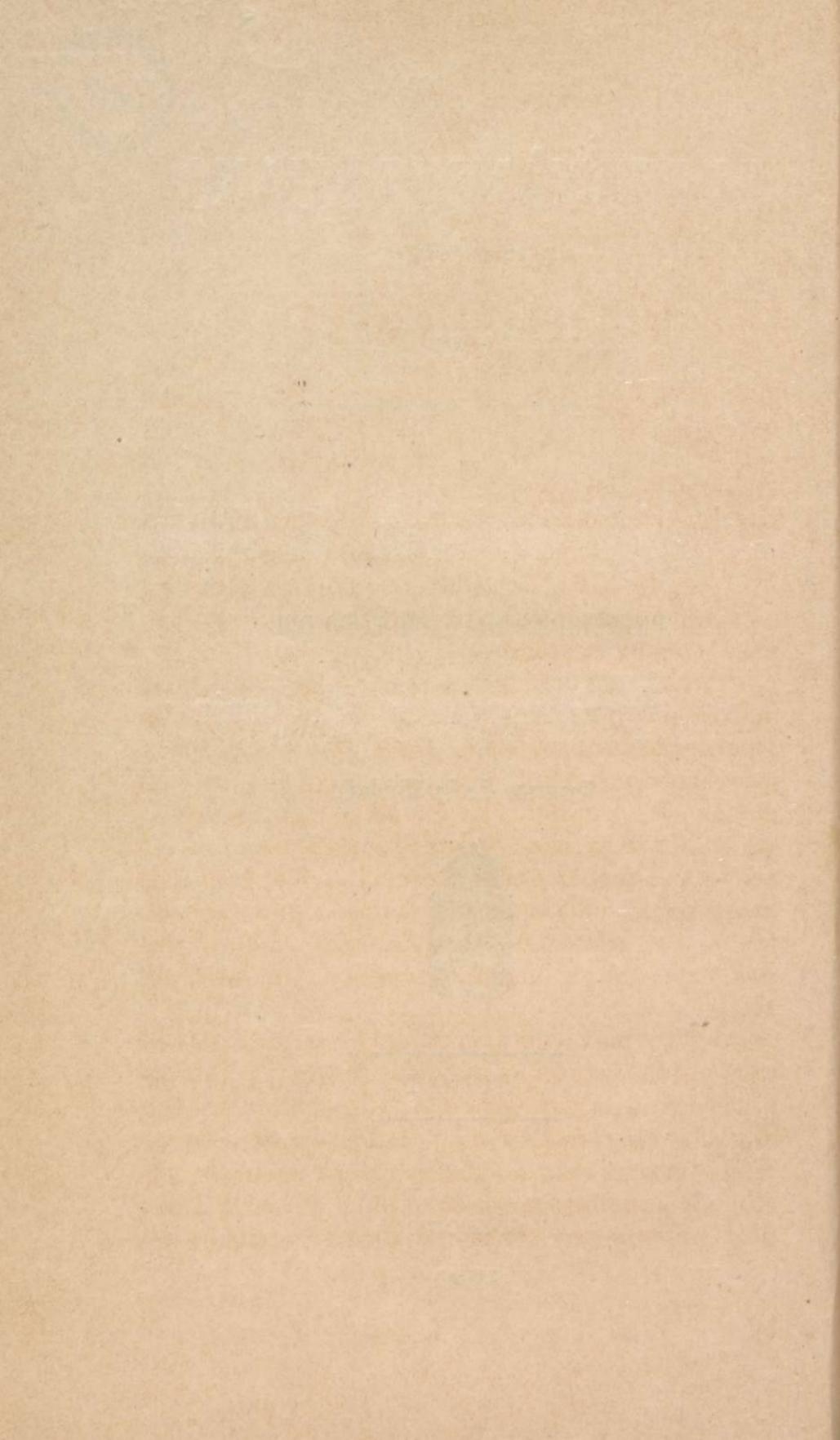


TOMO I

CÓRDOBA

IMPRENTA Y PAPELERÍA DE "LA UNIÓN"

1892



PRÓLOGO

 DE cuantos en nuestra Córdoba han cultivado la poesía lírica en la segunda mitad de este siglo XIX, pocos hay que puedan competir en nombradía y justísima estimación con D. Manuel Fernández Ruano.

A poco de fallecer en Agosto de 1888, alzóse un clamor general entre los que se ocupan en amena literatura, clamor á que dió unidad y empuje la prensa local, demandando la publicación de las obras poéticas del mencionado escritor, quien, por la escasez de sus recursos materiales ó por insuficiencia en la protección que había de menester, á más de la alcanzada alguna vez, no pudo ver satisfecho éste su anhelo en que cifró sus más dulces ilusiones y vehementísimos deseos.

Sobre mi voluntaria y lenta tarea de reunir tales obras, perdidas muchas de ellas, y diseminadas otras en papeles y periódicos, vino el acuerdo de la ilustre Municipalidad Cordobesa prohibiendo el proyecto de dar á luz y costear la edición de aquellas producciones. Y como al autor de las presentes líneas fué encomendado el en-

cargo de reunir y preparar para la impresión estos escritos poéticos, y hacerlos preceder de alguna Advertencia proemial,—según el explícito deseo del digno Alcalde Presidente Sr. D. Juan Tejón y Marín—no es dado á el que suscribe declinar la honrosa comisión, por más que haya de limitarse á consideraciones obvias y sencillas acerca del carácter é inspiración peculiar del poeta, sin aspirar al ensayo de análisis profundos y críticas luminosas, para los que la inteligencia, la pluma y los afectos mismos del prologuista le quitan competencia.

Lo que él pensó acerca de la índole genial y carácter del poeta, ya hubo de consignarlo en los apuntamientos de la *Necrología* que le pertenece en el volúmen de las trazadas por esta misma humilde pluma, y de que también fué generoso editor el Excmo. Ayuntamiento. No será, pues, de extrañar, que algo repita y algo juzgue debe omitir de lo indicado en aquella ocasión.

Nótase desde luego un contraste singular entre la modestia con visos de encogimiento y timidez del poeta, y su aliento para escojer altos asuntos y formular ideas y sentimientos, envolviéndolos con el ropaje brillante de las imágenes y la pompa sonora de la rima. No le arredra la magnitud del objeto, ni la importancia del personaje, ni lo nuevo, lo recóndito ó misterioso de la escena en que lo presenta, para desarrollar los propios conceptos sin embarazo ni vacilación, encontrando á cada paso símiles adecuados, frases y estancias de hermosa redondez, periodos de sustanciosa significación y armoniosa textura que sorpren-

III

den y maravillan. Cuando con faz medítabunda y adusto ceño parecía el triste escritor abatido mentalmente por las amarguras de la vida real, y deplorar en lucha infructuosa, las injusticias de la suerte, solía su espíritu en la región elevada y serena del pensamiento sostenerse en la esfera de las verdades trascendentales; y experimentando con su luz emociones internas, transmitir las á lectores y oyentes, quién sabe, si con la conciencia de su vigor y alcance.

Suele modificar y dar bulto á lo más abstracto é ideal; y mecido por la undulación compasada de la rima, no se desvía del sentido místico, al osar, por ejemplo, siguiendo de lejos á Milton y Reinoso, materializar con una viva pintura y forma dramática el origen genesiaco de la humanidad en el sucinto poema de *Adan y Eva* con que abre el libro de sus composiciones religiosas.

En *El Sacrificio de Abraham*, que hace treinta años mereció al poeta el jazmín de oro, premio primero del asunto de religión decretado por aquel Jurado, cuyo fallo recibió creces de autoridad de la persona del egregio cantor de *El moro expósito*, afirmó el cristiano vate su reputación con aquel cuadro bíblico de sencillez sublime, que presentado en grave y digno lenguaje, exalta la fe y obediencia del Patriarca y pudo producir vivísima emoción y arrancar lágrimas de varones insignes, harto familiarizados con los resortes poéticos y las bellezas literarias.

Ni su brillantez y gala lucen menos en la *Oda á la Concepción Inmaculada de la Sagrada Virgen*, al transferir al humano idioma lo que en los

IV

coros angélicos se canta de la criatura tipo de pureza destinada por Dios á ser la madre y protectora de nuestro linaje.

Con inclinación un tanto anacrónica, al cantar *La Noche Buena*, vístese el traje pastoril, recuerdo de formas casi olvidadas de nuestra antigua lírica, con dejos de romanticismo popular en la égloga que fué costumbre consagrar á solemnidades católicas y tradicionales.

Cuando eleva al patriarca San José, en plegaria humilde y culta y sentida jácara, sus piadosos ruegos en una reunión de obreros, expone sus deseos de que

Ni los hinche la soberbia,
ni los consuma la envidia,
ni la pereza los hiele,
ni los abraze la ira.

La entrada triunfante de Jesús en Jerusalem es el asunto de una oda de grande entonación. Llena de cadenciosas estancias, y cuyos sublimes pensamientos se cierran con una excitación sentida en la cual mueve al hombre á abrir su pecho á Jesús y á seguirle en su camino de salvación.

Al fluido romance *La Santa cena* siguen las bellas octavas *A Nuestra Señora de los Dolores*, surgiendo entre las galas de la invocación el espíritu devoto y sincero que se identifica con el pesar acerbo de la madre de Jesús. Considerando al hombre-Dios en los momentos solemnes de su carrera, su agonía, muerte y resurrección, arrancan al arpa triste del poeta acentos profundos de conmisericordia, mezclados á la oración y arrepentimiento de un pecador contrito.

La venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles considerada después del sacrificio del Calvario, impele al autor á remontarse á sorprendente altura de pensamientos en el orden teológico. Llama al amor emanación celeste, fuente de vida, luz inefable desprendida desde las cumbres de la gloria, y que vierte espléndidas y santas llamas en el corazón de los Apóstoles para difundir la doctrina y la verdad. Los apóstrofes elocuentes, las amplificaciones hermosas de su frase poética se enseñorean del alma del oyente, y lisonjeando el oído, dominan la atención de los lectores.

Puede causar extrañeza que el género religioso, las verdades del dogma, la historia y tradición bíblicas y la doctrina católica, fuesen los primeros despertadores del númen poético de Fernández Ruano, la nota más vibratoria de su producción y con la que más se alzase el vuelo de su fantasía, contra la moda y espíritu de su tiempo, que, ó no lleva por este camino á brillantísimos ingenios contemporáneos, ó en las composiciones de esta significación se les supone sinceridad escasa, y afectado sentimiento más que profundidad y calorosa fe.

Pudo quizá influir en esta predilección de su gusto, con ejemplos y coincidencias, la conexión amistosa que unió á nuestro vate, al florecer su juventud, con D. Amador Jover y Sanz, con el cual la comunidad entonces de lecturas y conferencias literarias en trato íntimo, y la afinidad de principios como creyentes, llevó al primero á un lirismo que el segundo compartió con estu-

VI

dios filosóficos, sin vocación tan exclusiva, ni el espíritu de expansión fantástica del Ruano. Pero el misticismo de éste, en verdad, dista del subjetivo, sóbrio y menos florido de un Luis de León ó un Malón de Chaide; del del Conde de Rebolledo; y hasta de un Larmig en nuestros días. Estos vuelos de inspiración del poeta cordobés amoldándose á las formas clásicas, con menos sencillez que en alguno de los antes citados, pero lejos del artificio de Herrera, parecen aproximarse, en su natural estro, al que seduce en los varoniles acentos de Quintana y de Gallego.

Sensible á los atractivos de la gloria de su patria, el prestigio de la tradición, asimismo religiosa, y la historia del suelo natal le impulsan á cantar á los Mártires cordobeses San Acisclo y Santa Victoria, y á San Eulogio; y el culto consagrado por las creencias populares y una piedad secular, á San Rafael ó á Nuestra Señora de la Fuensanta. Siempre los ornatos y arreos de su musa le sostienen en una entonación constante: y las comparaciones y metáforas, los periodos elegantes, y las sonoras rimas, reciben nuevo brillo de los recuerdos de la Córdoba romana ó de posteriores épocas, las cuales anima con descriptiva proligidad; ó coloreando con diestro pincel cuadros, escenas y personajes de remotas centurias, al grabar la huella de su admiración y tierno afecto á la tierra donde vió la luz, y de la que apenas se separó en la carrera de sus días.

Fijando la consideración en otras poesías de distinto objeto, en su oda al *Canal de Suez*, revela el entusiasmo con que evoca su alma los recuer-

dos, interesantes sobre todo encarecimiento, de la historia del más antiguo de los pueblos del mundo; y tras una serie de apóstrofes al suelo africano, al Nilo, á Tebas, á la tierra de los monumentos colosales, y á la Sagrada Palestina, realza en pomposas estancias los bienes de la ciencia, de la paz, de las artes y de la cultura prodigiosa, á que tanto se esforzó en servir el ingeniero ilustre, cuyo nombre omite tal vez adrede, fascinado por la grandeza de la obra, la cual empequeñece al individuo, aunque glorifique á todo un Lesseps eclipsado en la interna consideración del vate ante el soberbio triunfo de la humanidad sobre la naturaleza, sometida al saber, al estudio y la constancia.

En una brillante sesión literaria, celebrada años hace por uno de nuestros Ateneos de Córdoba, extinguidos después de breve periodo de vitalidad y esplendor, la poesía precedentemente mencionada, fué leída con otra al mismo asunto del malogrado y célebre lírico de Jaén D. Bernardo López García, y mereciendo justísimos aplausos la inspiración potente y enérgica, y la recitación animada y como torrencial del eximio cantor del *Dos de Mayo*, todavía no deslució al cordobés, con desventajas á la sazón, y apagamiento de su voz é índole genial. Hoy duermen en el sepulcro ambos poetas, y azares deplorables luchan con la gloria del sabio y perseverante emprendedor francés, á riesgo de manchar sus venerandas canas.

En 20 de Abril de 1870 imprimió *El Tiempo*, periódico de la corte, la *Oda al Príncipe Alfonso*.

VIII

Blasonaba quien la escribiera de ser el primer poeta español que saludó como súbdito al sucesor de nuestros monarcas. Quizás confundía entonces sus votos y esperanzas personales con los de la patria, resentida de grandes sacudimientos. Canta con sublime entusiasmo, en serie de pensamientos felices, y en tiradas de bellísimos versos la personificación de esa patria, con sus recuerdos de pasadas glorias, con la ilusión de venturas venideras; él, humilde é ingenio infortunado que á ningún partido debió favores ni aun menguadas honras; pero tan amigo de la tradición, como de los adelantamientos sociales, incompatibles con tiranías de abajo ni de arriba, y recto, pacífico, cuerdo y piadoso por temperamento y educación.

Más tarde rindió homenaje al mismo Alfonso XII, ya Rey por la restauración monárquica.

Habíalo ofrecido de admiración y loores, á nuestro inmortal compatriota Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán de nuestros siglos más gloriosos.

Al Dos de Mayo lo tributó igualmente, no temeroso de ejercitarse en cantar la gloria y desastre que sacó tonos tan conmovedores de las liras de Gallego, Arriaza, Espronceda y el mencionado López García, ya en días distantes, y con entibiado entusiasmo por tan sangrienta y fecunda jornada.

Con nnevo giro emprendía un estudio de mayor meditación en su poema de *Carlos V*, escrito con notable valentía y alteza de pensamiento, obra no concluida; canto del cisne, con el que el trova-

dor modesto solía suspender y admirar á sus oyentes amigos al bosquejar los rasgos y querer descifrar las luchas del alma de la gran figura del César moderno, que al decir de Balart,

Supo en la vida conquistar la tierra:

Supo en la muerte conquistar el cielo.

No parece oportuno citar, una por una, tantas otras composiciones, dictadas por la ocasión, las solemnidades y usos sociales, y las circunstancias de la vida personal; obras ligeras, ó íntimas, ó juguetes á que concurrían la agudeza, la intención y la filosofía en conceptos casi siempre adecuados. Entonces lo ingenioso, lo breve de la frase y sentencia sepáranle de aquella seriedad reposada, con que en asuntos más graves la expresa. *Los dos viajeros*, *A Calderón*, y varias poesías de tono festivo indican este carácter.

No hay en sus versos galantes desbocada ó encubierta sensualidad, ni en sus querellas amarga misantropía; ni en lo más interno y privado de sus desahogos líricos se han encontrado notas de escepticismo, de malignidad, ni rasgos satíricos, ó cosa que deje de corresponder á la bondad de su alma y á la decencia de sus costumbres y lenguaje.

Siendo para Fernández Ruano la poesía todo su esparcimiento, la vida y ejercicio constante de su espíritu, intentó con resolución el cultivo de géneros diversos, como fueron el de la epopeya y el dramático.

Refiérense al primero los siete cantos que llamó *épico religiosos*, consagrados á la *Conquista de Córdoba*. Acaso los compuso cuando éste

fué el asunto ofrecido á la competencia y premio de unos Juegos Florales de ésta su patria. Mas no se recuerda que el autor hablase de ellos entonces, ni los recitase á ninguno, ocultándolos de propósito, como hizo con otros escritos, que tal vez no los conceptuaba en su severa conciencia tan maduros y perfectos como habría deseado. Mas no se ha de olvidar que usaba de loable discreción al recitar sus obras. Sólo cedía al ruego, no preparado por él, de los que se lo pedían con sinceridad inequívoca, sin regodearse ni engreirse con la impresión producida posteriormente. En la *Conquista de Córdoba* no es tanto la narrativa historia, más ó menos enriquecida y floreada, como, á modo de máquina, los resortes de la influencia celestial y la protección de la Virgen santa lo que el poeta busca, como fuente de grandeza é interés. Esto le inspira bellas octavas y primorosas descripciones, y concuerda con su vocación.

Quiso también obtener triunfos, y repitió ensayos y tentativas en la poesía teatral, al cabo menos estéril que las otras ramas del arte, para el provecho material y lucrativo. No se le logró, á lo que parece, probar y aquilatar este género de talento en la ejecución escénica, aunque recibió promesas de protección y augurios de favorable acogida, de parte de artistas versados y competentes. Prefirió, entre las formas de fábulas dramáticas, la de la zarzuela, puesto que á ella se acomodaba su facilidad de versificar, ligada á los efectos musicales. El que esto escribe ha podido recoger los borradores ú originales de *El espec-*

tro juez, *Las apariencias engañan* y *Bufón y alquimista*, y no los ha encontrado de *Todo extremo es vicioso*, *La Paz*, loa, y de alguna otra pieza dramática cuyo título oyó de los labios del cantor. A los borrones y fragmentos de la bosquejada para titularse *D. Sancho el Bravo*, no puede darse orden ni forma. En el argumento de algunos de estos ensayos dramáticos juegan personajes de gran significación histórica, como Antonio Pérez, Felipe II, el Conde Duque de Olivares y Felipe IV. Pero puede dudarse que no estén en su representación rebajados á los rasgos de la caricatura, y que el movimiento de la acción y la formalidad de los resortes, respondan á los aciertos del poeta en el dialogar y en la espresión jovial de conceptos que hacen grata su lectura.

Predomina en sus facultades el lirismo, y á él se debe la abundancia de producción, no de todos conocida y de que apenas da idea la multitud de papeles, ilegibles desordenados é inconexos. Era continuo el trabajo de su imaginación y de su pluma. Exuberancia de imágenes, descripciones, frases y amplificaciones, acumulación de luces y colores del cielo y de flores y aromas de la tierra, pueden traer cansancio y monotonía. y mucho más si la vulgaridad del objeto cantable rebaja y limita su interés. Contra él conspiran también la extensión y desleimiento de las composiciones.

Por éste y otros motivos se han descartado no pocas del conjunto de las destinadas á la estampa, incluso varias de pocos versos. Alguna de asunto familiar no pide tanta pompa al canto ni tanta gala al mundo externo, como afectos y

emociones al alma. Se omite la titulada *A mi amada tía D.^a Josefa Ruano*, la consagrada *Al descubrimiento de América*, hecha con mucha anticipación al reciente y festejado aniversario, y que en asunto tan manoseado, aunque simpático, por su importancia excitó el númen del poeta; algunas redondillas y letrillas eróticas á que él mismo no dió demasiado aprecio; unas odas muy difusas *Al Génio*, *A la Ilustración*, con falta de corrección y sobra de asonancias; *Mi primer amor*, con más de 500 versos, y otras piezas que deben estimarse como meros ejercicios del autor en el arte rítmica.

Y con todo no deja de ser crecido el número de las que se dan á luz, sin que se excluyan muchas de galantería para amigos y amigas, con las que el recuerdo y firma del poeta debe quedar asociado á la memoria y gratitud de las personas objeto de sus finezas.

En cuanto al orden, se ha seguido para el primer grupo el señalado en apuntes íntimos por el propio autor; y en otras secciones, el sucesivo del hallazgo de las obras, para dar sin más retardo materia á la impresión, que con cierta impaciencia y con plazos apremiantes se determinaba. Tal vez la incoherencia de asunto, formas y tono contribuya á evitar el hastío y sostener la complacencia de los lectores.

No es del caso aquí hacer referencia á varios otros escritos y trabajos en prosa de Fernández Ruano. Si no son su primer título de gloria, no desmerecen el concepto de su clara y cultivada inteligencia, del sano criterio que la guiaba y de

XIII

la rectitud de su juicio y su corazón. Reunir y conservar estos escritos, esparcidos en varias publicaciones de escasa circulación, podría ser tarea de una amistad diligente para en adelante.

No sé si en el cúmulo de poesías líricas con que la España literaria se ha enriquecido en nuestros días se guardará un lugar conspícuo á las del autor, cuya cabeza era fuente copiosa, nunca intermitente de versos. Mas la Córdoba poética los recoje con predilección y justicia, y une un propósito de vindicación, por el desdén con que el autor fué tratado en vida por la fortuna.

Su género preferido de antiguas odas altisonantes podrá haber pasado de moda, y la especialidad de estilo, fondo y ornato, con que se explayaba morosamente en su factura. Pero acaso repetida en lectura y audición, muy posteriormente á su fecha, y sin asociación de ideas personales, aumentarán su agradable efecto.

No se olvide que carecen estas inspiraciones de la lima y corrección, como en su conjunto de la selección y poda que hubieran recibido de manos de su autor. Aun los más afamados, como Lope de Vega y nuestro incomparable Zorrilla, nada perderían de su gloria con reducirse á más estrechos límites los frutos de su labor fecunda.

No quiero finalmente traer á cuento la comparación de este ingenio con otros de su cuna y de sus días, á quienes exaltan en reputación innegables merecimientos y favores de alta procedencia. Los asomos de emulación, si los hubo, sentidos por Ruano, fueron superados y cubiertos por el tierno y fraternal afecto profesado á Gri-

XIV

lo. De las festivas lizas de uno y otro, en métricas improvisaciones, selladas con el temperamento respectivo, guardan algunos gratísima memoria.

Fernández Ruano no se inclinaba á poner prólogo á sus poesías. Sentiría el que lo escribe por deber propio é impulso ageno, que su liviana obra se calificase de póstuma desdicha del poeta cordobés.

Córdoba 25 de Noviembre de 1892.

FRANCISCO DE BORJA PAVÓN.

ADÁN Y EVA



ADÁN Y EVA

CANTO PRIMERO

LA CREACIÓN

ANTES del tiempo el Ser Omnipotente
bañado en el espléndido oceano
de puras llamas de su amor ardiente,
feliz alzaba la radiosa frente,
del poder y la vida soberano
escondiendo cien soles en su mente
y mundos mil en su creadora mano.

Sólo en su inmensa eternidad cabía
su grandeza infinita y alta gloria;
un himno de victoria
resonaba en su voz; una armonía
su perenne magnífica existencia
es, que en su seno la inefable Ciencia
con el Sumo Poder vive y se aduna
quedando Dios impreso

en el Divino amor que los enlaza
con fuego puro, en sacrosanto beso.

A sus pies en silencio se arrodilla
un coloso fatal que pone espanto:
nunca la luz en su mirada brilla,
y en las hórridas nieblas de su manto
la misteriosa faz con miedo encubre.
Es el *no ser*, la incomprendible nada:
de sus inmóviles ojos vierte llanto:
en su mano de hielo, encadenada,
trémula, torpe, inerte,
sólo la vista con dolor descubre
un terrible bosquejo de la muerte:
en su ancho seno lóbrego y vacío
leves sombras fatídicas encierra:
muda su boca, con afán impío,
espera ver del mundo el poderío
por sólo devorarle en cruda guerra.

Pródiga luego la bondad divina,
de dulce amor inagotable fuente,
la prodigiosa llama
que del ser los contornos ilumina
enciende con sus manos y derrama
de la vida el mirífico torrente
que mundos mece en rápido oleaje:
de bellas formas el gentil ropaje
viste la noble idea:
vuela entonces de Dios el alma aliento,
y el orbe gira en alas de su acento
cuando clama su voz «*El mundo sea*»
y humillado, rendido, y temeroso
el funeral coloso

ve que un fuego perenne le circunda
al salir de su seno cavernoso
la admirable creación viva y fecunda.

Brota entonces la luz: radiante el cielo
sus cristalinas bóvedas extiende,
y bordándole en oro su ancho velo
el sol su hoguera rutilante enciende.

Fúlgidas luego las estrellas giran;
himnos entonan los alados coros
de bellas aves que, gozosas miran
de natura los mágicos tesoros.

En raudas ondas se desata el río;
alza su frente poderosa y fiera
con solemne fragor el mar bravío
salir ansiando de su cárcel fuera.

Sus penachos de arbustos y de nieve
ostentan atrevidas las montañas
y en crisoles recónditos se mueve
el metal que circula en sus entrañas.

El ligero corcel en la llanura
hiere la tierra, devorando el viento;
el águila veloz mide la altura
y reposa en el claro Firmamento.

El valiente león, con su rugido
montes y valles orgulloso atruena,
y busca, en vivas llamas encendido,
cálida alfombra de flotante arena!

Cruza feliz el cándido cordero
el bosque umbroso y el naciente prado
dejando ver tranquilo en el otero
de leves perlas su vellón bordado.

La rosa peregrina
perfuma el claro ambiente
alzando en la colina
su seductora frente,
Imagen de la llama purpurina.

La inquieta mariposa
liviana juguetea;
la brisa bulliciosa
con ala blanda orea
el bello aljófara de la tierna rosa.

Los mansos arroyuelos
suspiran dulcemente
bajo espumosos velos
llevando en su corriente
el magnífico cuadro de los cielos.

Do quier luz y colores
y delicado aroma
vertiendo van las flores;
el cisne y la paloma
publican con arrullos sus amores.

Mas después la divina Omnipotencia
cual siempre henchida de bondades llama
á la increada Luz y eterna Ciencia
y al santo amor que con su Amor la inflama

el fuego germinal de la existencia
de aquel Trono de Gloria se derrama:
«Hagamos, dice, *al hombre*, y al momento
brota del polvo el alto pensamiento.

Y nace Adán radiante de hermosura;
alma luz en sus ojos centellea;
extasiado de amor y de ventura
gozar la gloria de su Dios desea;
más que la lumbre de los astros pura
brilla en su frente la inefable idea
sol de las almas y constante guía
de la dorada incierta fantasía.

Nace Adán y se eleva su mirada
á la pura región del Firmamento
y en himnos mil su voz alborozada
sube al Empíreo traspasando el viento;
busca en Dios su magnífica morada
y del soplo eternal bebe su aliento;
se ve mayor que el mundo y el espacio
y estrecho mira el terrenal palacio.

Con diadema de mágicos fulgores
le coronan las cándidas estrellas;
alfombra de riquísimos colores
téjele el reino de las rosas bellas;
el oro, germinando entre las flores,
aspira humilde á recoger sus huellas,
y, en divinos espejos, el diamante
quiere copiar la luz de su semblante.

El águila del cielo le saluda
replegando las alas reverente,
y depone la cólera sañuda
manso á sus plantas el león potente;
por decirle su amor con lengua muda
dócil besa sus manos la serpiente;
y asomadas del Ponto á las riberas
le dan su aplauso las marinas fieras.

Jamás del Éter el azul sereno
empañan los soberbios huracanes,
ni arrastra el carro fragoroso el trueno,
ni conmueven la tierra los titanes
inflamando atrevidos en su seno
el fuego aterrador de los volcanes,
y en dulce calma el piélago profundo
respeto al hombre y embellece el mundo.

Con ardiente mirada brilladora
Adán recorre la creación entera,
penetra los misterios de la aurora
y el insondable abismo de la esfera,
do, entre mares de luz encantadora,
los astros siguen su eternal carrera,
y triunfante descubre el hondo arcano
del continuo girar del Océano.

Siempre feliz, pero en ardiente anhelo
y en vivísimas llamas encendido,
su genio alzando en magestoso vuelo
al trono augusto de su Dios querido

contempla trasparente el ancho velo
que nos oculta el bien desconocido
hermanando en su afán la noble ciencia
con la pura bellísima inocencia.

Del Arte luego ante sus ojos brilla
el supremo esplendor y la hermosura:
en tosca piedra, en deleznable arcilla
ve del templo eminente la figura;
y absorto al ver la egregia maravilla
que á su mente llegó desde la altura
mira otro mundo levantarse ufano
entre el orbe y el cielo soberano.

Sumergido en ensueño deleitoso
de vago amor, enagenado siente
en su férvido seno vigoroso
la mano de Jehovah omnipotente:
despierta al son de un himno melodioso,
alza del lecho la asombrada frente,
y ve una flor que blanca y hechicera
brotó en su pecho: ¡la mujer primera!

Y al mirarla tan pura y tan hermosa,
con dulce afán y mágico embeleso
el tierno labio de naciente rosa
rápido sella con su casto beso,
vivo placer su corazón rebosa
y de tanta ventura al blando peso
cede feliz, mientras en aurea nube
su canto al cielo cual aroma sube.

Nace entonces la espléndida Poesía
de rosa y nieve con brillantes alas,
y torrentes de luz y de armonía
llenan el mundo de indecibles galas:
halla el hombre en su ardiente fantasía
ígneo carro y olímpicas escalas
para subir hasta el Edén divino:
¡Sólo allí ve completo su destino!

CANTO SEGUNDO

LA CAÍDA DEL HOMBRE

ENTRE las pintadas flores
de la eternal primavera
que rica de galas era
bello adorno del Edén,
un árbol verde y frondoso
con frescas hojas suaves
daba en el viento á las aves
noble alcázar, dulce harem.

Y suspendidas gozando
en sus mil brillantes pomas

se arrullaban las palomas
y trinaba el ruiseñor;
y aquel encantado albergue
del placer y la armonía
respiraba la alegría
del más inocente amor.

Pero Dios desde su Trono
de luz espléndida y pura
alejó la desventura
quiso del seno de Adán:
«No comas, dijo, del fruto
de aquel árbol ponzoñoso:
tras su deleite engañoso
el llanto y la muerte están.»

Desde entonces con cautela
pasó Adán bajo el florido
árbol pomposo y erguido
soberano del vergel
que suavísima ponzoña
de sus frutos derramaba
y en lecho de rosa daba
sin piedad muerte cruel.

Mas ese rebelde arcángel
que el mal del hombre ambiciona,
el que tornó su corona
en vil cadena infernal
imitando la figura
de la alevosa serpiente
en la mujer inocente
vertió veneno letal.

Lanzó fosfóricas llamas
de sus ojos encendidos
encerrando los sentidos
en dulce fascinación;
y dócil en su presencia
magnetizada dormía
Eva infiel que ya sentía
orgullo en su corazón.

Hermosa como la imagen
de los sueños tentadores
escondiendo entre las flores
de su boca leve aspid
silenciosa se aproxima
á su amante compañero
con ademán lisonjero
que es nuncio de blanda lid.

Ante el férvido suspiro
de aquel labio sonriente
un volcán en su alma siente
el hombre nacer, veloz
mientras en cárcel de azucenas
detenido por su esposa
apacible y melodiosa
oye su plácida voz.

EVA

¿Qué vale de esos cielos la luz pura
tiñendo en rosa mi nevada faz,
de mi acento la mágica dulzura
y el divino poder de mi beldad?

¿Qué valen esas sonoras fuentes
que en la selva suspiran de placer
arrastrando en sus linfas transparentes
las arenas doradas de mi edén?

¿Qué vale el dulce querellar del viento
en las mañanas del florido Abril
y la pompa nupcial del opulento
bosque umbroso y espléndido jardín?

¿Qué vale de mi frente la pureza,
límpido espejo del radiante sol,
ni el latido que arranca mi belleza
á tu noble y amante corazón,

Si un precepto de Dios incomprendible
nos hace ver con delirante afán
la vida humana cual suplicio horrible
privados de la dulce libertad?

Esas aves que cantan á la aurora
en nubes de brillante rosicler,
el ágil bruto que en la selva mora,
el leve insecto, el insensible pez.

Rápidos giran, atrevidos saltan,
veloces cortan el espacio azul,
y el agua, el aire, la pradera esmaltan
bogando en olas de argentada luz;

Y ufanos miden la creación entera
libres, altivos y en eterna paz,
sin preceptos que turben su carrera
ni detengan su indómito volar.

Sólo á nosotros la inflexible suerte
 nos fatiga con peso abrumador.
 ¡La terrible amenaza de la muerte!
 ¡La futura divina maldición!

¿Quién puede, Adán, bajo tan férreo yugo
 arrastrar su misérrimo existir?
 Hoy mi propia razón es mi verdugo
 y en negra cárcel se trocó el pensil.

Próvido el Cielo nos aclama reyes
 bajo un dosel de rutilante tul,
 y después nos sujeta á duras leyes
 de oprobiosa y perenne esclavitud.

ADÁN

Amada esposa, tu fatal deseo
 causa será de muertes y de horror;
 por él esclavos á mis hijos veo
 huyendo de la cólera de Dios.

¿Por qué duda tu mente y examina
 ese precepto que el señor nos da?
 ¡Oh qué corona de acerada espina
 intentas en mis sienes colocar!

Si el ave corta el azulado viento
 y en el húmedo abismo juega el pez,
 en alas de tu noble pensamiento
 puedes tú á Dios intrépida ascender.

EVA

¿Y qué me importan las egregias galas
 ornamento del alma seductor?

Águila altiva desplegué mis alas
y al éter quise remontarme yo!

Feliz pensaba levantar mi vuelo
á la región que habita el querubín
y ese cielo escalar! Hirióme el cielo
y hoy me arrastro cual mísero reptil.

Hasta el aura que sopla mansamente
me oprime el cuello cual feroz dogal.
¡Pesa mucho, ay de mí, sobre esta frente
con su espada flamígera Jehovah!

Yo soy esclava; libertad no tengo;
pienso no más para sentir terror;
mover quiero la mano, y me detengo
temiendo á la celeste maldición.

ADÁN

Si el pavor que tú sientes hoy es tanto
al ver la faz de un negro porvenir,
¡cuánta será tu angustia, cuál tu llanto,
si á Dios ofendes con tu orgullo vil!

EVA

No es el orgullo la pasión mezquina
digna tan sólo de tenaz desdén;
es de belleza y de verdad divina
el ansia noble, la perpetua sed.

Que de Dios en el trono fulgurante
su intenso fuego logrará templar;

que ve la perfección siempre delante;
que busca por do quier un más allá.

Me lo ha dicho en secreto la serpiente:
prueba esa fruta que á tu afán vedó
un precepto pueril, y omnipotente
serás entonces como el mismo Dios.

ADÁN

¡Mujer....! te pierdes en el hondo abismo.

EVA

Yo busco la infinita magestad.

ADÁN

¿Sin temor al inmenso cataclismo?

EVA

¡Oh...! pero puede la soberbia más.

Quiero correr el anchuroso espacio,
quiero hasta el trono de la luz subir,
quiero habitar el fúlgido palacio
donde tiende su vuelo el querubín.

Y escuchar sus dulcísimos cantares
y sus mágicas notas aprender
mientras giran los vientos y los mares
cual humildes esclavos á mis piés.

Sólo así yo comprendo la existencia,
come esta fruta que en mi mano está;
cómela, pues, y aprenderás la ciencia,
á despecho de Dios, del bien y el mal.

Y Adán comió la poma
que la mujer incauta le ofrecía,
y aquel dulce sabor y blando aroma
arrancó de su pecho la alegría
rayos dejando en él de fuego ardiente
y nubes mil en su abrasada fuente.

Roto á sus piés el velo
cayó de la purísima inocencia,
sintió en su mente con dolor profundo
la ponzoña letal de infausta ciencia
mirando herido vacilar al mundo;
secáronse sus ojos
con el perenne llanto
y coronó de abrojos
la tierna flor el peregrino encanto
con que daba á sus piés nítida alfombra;
y el alma, en el orgullo sostenida,
buscó la lumbre de la eterna vida
y halló la muerte con su helada sombra.

Habló el Cielo, y se hundió de la criatura
el eminente trono;
ve perdida su gloria y su grandeza
Adán infiel, y en mísero abandono
del siervo el yugo á soportar empieza;
turbado, triste y mudo
mira el semblante de su amada esposa,

su cuerpo vé desnudo,
mustias encuentra las nacientes flores
en su marchita faz antes hermosa,
y ve rasgado el manto de fulgores,
esa veste de olímpicos colores
que ostentó la mujer cuando era diosa.

Esquivo entonces el corcel ligero
huye, al hombre negando su obediencia,
y con hondo rugir el tigre fiero
arrebatarle quiere la existencia;
ya no escuchan las aves
del aura leve el plácido murmurio;
desatentadas vuelan
lanzando gritos de fatal augurio;
menguado mira el astro refulgente
el caudal de su lumbré soberana,
que imprime manchas en su roja frente
el lodo vil de la impureza humana,
cual voladora espléndida serpiente
cruza el rayo los campos de la esfera;
en inmenso tropel los huracanes
con horrendo fragor silban do quiera,
y levantan al cielo los volcanes
su erizada y ardiente cabellera.

Postrado siente Adán en su agonía
cruelísimos dolores
cual el intenso que causar podría
la acción violenta de mortal veneno,
cual si sierpe invisible encadenara
su débil pecho en vigorosos lazos,
cual si oculto león de furia lleno

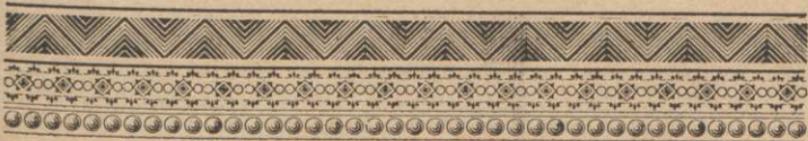
desgarrara su seno
haciendo sus entrañas mil pedazos;
siente de las pasiones
que en rudo empuje sin cesar batallan
los continuos jigantes agujijones;
en su cerebro estallan
furiosas tempestades;
mira á sus hijos entre llanto eterno
nacer rebeldes y espirar precitos
colocando entre el Cielo y el Infierno
magníficas ciudades
que detengan del rayo la carrera
y cubran el horror de sus delitos;
mira flotar la lúgubre bandera
de la guerra feroz do el viento zumba
entre gritos satánicos de muerte,
y al lívido cadáver resbalando
por la boca entreabierta de la tumba
que en un lago de sangre se convierte,
y su franja funeral cercando el orbe
los mutilados restos
de cien batallas anhelante sorbe.

En su inmenso furor el oceano
alza del lecho la espumosa frente
al ver el crimen del linaje humano,
y en raudo torbellino, prepotente
con la estentórea voz del ronco trueno
mil y mil veces repetido brama,
abre su oscuro palpitante seno
y undosos montes por do quier derrama;
hasta los cielos sube,
el aureo solio de la luz pasea

y convertido en nube
cual negro manto la creación rodea;
en veloz resonante catarata
sobre el absorto mundo se desploma;
el tenebroso abismo se desata
y el soberbio Luzbel su faz asoma
sobre las turbias linfas cabalgando;
allí ve las ciudades opulentas
sepultarse en las aguas removidas
al sonoro vaivén de las tormentas,
y escucha el hondo grito funerario
que sin consuelo lanza
la humana grey al espirar traidora
envolviéndose en líquido sudario;
sólo una nave prodigiosa avanza
entre el revuelto mar que airado crece,
el blando soplo del amor la mece;
ella encierra del mundo la esperanza.



EL SACRIFICIO DE ABRAHAM



El sacrificio de Abraham

CANTO (*)

BAJO un cielo que ostenta en sus cristales
la hermosa luz de Dios y su sonrisa
derramando promesas eternas
que entre quejas de amor lleva la brisa;

Entre el aroma de fragantes flores,
puras cual de los párvulos el alma,
gozando vive célicos amores
un hombre justo en deliciosa calma.

Es su nombre Abraham, de su excelencia
promesa singular, signo profundo
de que hallará su excelsa descendencia
estrecho campo en el inmenso mundo.

(*) Premiado con un jazmín de oro en los Juegos Florales celebrados en Córdoba el 20 de Junio de 1862.

Los querubes le piden hospedaje,
los ángeles se sientan á su mesa
y cual si fuese de inmortal linaje
todo el Cielo en su dicha se interesa.

El esplendente sol desde su asiento,
mil veces fué clarísimo testigo
de que el Supremo Rey del Firmamento
habló con él como con dulce amigo.

Con él el Hacedor hizo alianza
de sus altas virtudes satisfecho
y encerró de los hombres la esperanza
en su alma noble y generoso pecho.

Dióle la pura fe firme cual roca
que en vano azota el mar si fiero brama;
puso divino néctar en su boca
y ardió de amor su espíritu en la llama.

El Dios de las batallas prepotente
le abrió del triunfo el plácido sendero,
la patriarcal corona de su frente
con el lauro adornando del guerrero.

Dióle también la mano poderosa
un hijo en el ocaso de la vida
cual pura rica perla esplendorosa
allá en remotas playas escondida.

Isac, nombre escogido entre los nombres,
tocó llevar al prodigioso hijo
y, con *risa de amor*, Dios á los hombres
en este tierno vástago bendijo.

Y el nombre del Señor reverenciando
en calma celestial feliz vivía
el padre Abraham las auras aspirando
donde la eterna bendición venía,

Y en su Isaac amadísimo miraba
cumplidas, ya sus esperanzas bellas,
al ver que en él un pueblo se encerraba
numeroso excediendo á las estrellas;

Mas el cielo de pronto abre su seno,
tiembla el sol en el éter suspendido,
en raudos roncó son retumba el trueno
y lanza el ancho mar hondo bramido.

Habló Dios, y los ángeles quedaron
en la luz abrasados de sus ojos,
y las frentes humildes inclinaron
y sumisos postráronse de hinojos.

—Abraham—dijo el Creador, y el patriarca
—Aquí estoy—le responde balbuciente,—
Rey de los Cielos, inmortal monarca
adorando tu ser omnipotente.

—Toma el hijo á quien amas con ternura—
clamó la voz del Hacedor inmenso;—
Vé al monte de Visión y ofrece pura
su sangre allí cual oloroso incienso.

La prenda de tu amor en holocausto
quiero, Abraham.—El padre dolorido
firme en su fe como en su suerte infausto
—Serás—dice—cual siempre obedecido.—

Hace un esfuerzo entonces sobrehumano,
en la bóveda azul los ojos pone
y á complacer al Cielo soberano
resignado y sumiso se dispone.

Y con el alma de amarguras llena,
mas sin perder la fe que era su egida,
ahogando su dolor y horrible pena
parte en busca del hijo de su vida.

—Ven, Isaac—grita,—qué el Señor nos llama,
el que es del mundo y de los astros dueño;—
é Isaac tranquilo, que á sus padres ama
y á Dios adora, le siguió risueño.

Y entonces de dos fámulos seguidos
hijo y padre solícitos partieron,
y en una misma fe y amor unidos
al monte de Visión se dirigieron.

Abraham confuso, pálido, turbado,
cada momento con dolor suspira
y á su angustia cruelísima entregado
piensa soñar y en su aflicción delira.

Va él á nublar el sol de sus amores,
Va él á extinguir la lumbre de sus ojos,
Va él á tornar sus aromosas flores
en espinas y en hórridos abrojos.

Lágrimas ardorosas se desprenden
de sus tristes pupilas eclipsadas
que, al contemplar á Isaac, luego se encienden
de amor lanzando vivas llamaradas.

Hondos ayes de tétrica agonía
el paso cierran á su ronco aliento,
con su dorada luz le ofende el día,
con su blando arrullar le insulta el viento.

Quiere decir á Isaac su adversa suerte,
quiere estrecharle en sus amantes brazos
y antes que brille el fuego de la muerte
darle su corazón hecho pedazos;

Mas le falta valor para explicarle
el misterio que encierra el sacrificio
y teme, con su lloro, anticiparle
la tremenda amargura del suplicio.

Si una virtud divina no sintiera
en su pecho de Dios enamorado,
el varón justo y santo se rindiera,
á su inmenso dolor, desesperado.

Pero la fe con fuerza portentosa
del peligro inminente le liberta,
la voluntad del Cielo poderosa
mostrándole del bien única puerta.

Y los gemidos, con presteza ahogando,
al Juez eterno con amor bendice
el justo Abraham, y el alma levantando
á su trono de luz así le dice:

—Señor inmenso, que la mar potente
y el sol radiante de la nada hiciste,
ante quien dobla el ángel la alta frente
que de fuego y de nácares le diste,

Tú, que de gracias y divinos dones
con mano liberal colmas el mundo,
derramando en los tristes corazones
de la virtud el bálsamo fecundo;

Tú, que abriendo el magnífico tesoro
donde guardas tus joyas celestiales
me diste hermoso un hijo como el oro,
puro como los sueños virginales,

¿Quieres que borre el sello peregrino
con que signaste tú nuestra alianza?
¿Quieres que rompa el vaso alabastrino
donde el néctar bebí de la esperanza?

¿Y no es por él por quien irán creciendo
en la tierra mis plácidos amores
y mis hijos en número excediendo
á los fulgentes astros y á las flores?...

Mas perdona, Señor, si un desdichado
imaginó dudar sólo un momento
del inmenso poder de quien le ha dado
inteligencia y luz, alma y aliento.

Tú de la nada hiciste que saliera
el mundo con sus flores y armonía,
el sol con su dorada cabellera
y el éter con su hermosa argentería;

Tú parar puedes el gigante vuelo
del astro rey que alumbra mi existencia
y hacer que el mar se extienda por el cielo
cantando tu infinita Omnipotencia;

Tú eres mi luz, mi bien, mi amor, mi gloria;
tú no puedes querer mi desventura;
quien por tí muere alcanza la victoria,
quien sin tí vive sufre en la amargura.

Aquí tienes, Señor, la sangre mia:
arda mi corazón en esa hoguera;
cien hijos en tu altar inmolaría
y mil vidas también que yo tuviera.—

Y sumiso y humilde y resignado
Abraham, en calma, sigue su camino
á obedecer al Cielo preparado
y á cumplir dócilmente su destino.

Mas en medio del fúlgido horizonte
al fin descubren el lugar tremendo
y se acercan al pié del alto monte
hijo y padre los siervos despidiendo.

Sobre sus bellos hombros vigorosos
lleva sereno Isaac un hacecillo
de leña, y con sus dedos temblorosos
agita Abraham el hórrido cuchillo.

Así subió después á aquella cumbre
el celestial dulcísimo cordero,
llevando con dolor y pesadumbre
en sus divinos hombros el madero.

Viendo al anciano, Isaac, triste y sombrío
le dice:—Ya la leña preparada
y el fuego está; mas ¿dónde, padre mio,
la víctima que á Dios será inmogada?—

—Dios proveerá—su padre le responde,—
que en la mente de Dios está la ciencia
y á su vista inmortal nada se esconde
y brilla en toda acción su Providencia.—

Las lágrimas de Abraham cubren sus ojos
y le roban del sol la lumbre pura;
mas sumiso, postrándose de hinojos,
llega y bendice á Dios sobre la altura.

Las piedras con su lloro humedeciendo
entonces une y el altar levanta
y al noble Isaac la vista dirigiendo
quiere hablar, mas se anuda su garganta.

La voluntad del Ser Omnipotente
decir anhela al hijo tan querido,
y su pálido labio balbuciente
produce sólo funeral gemido.

Mas después, de los cielos luminosos
los ángeles palabras le trajeron
y acentos tan dolientes y angustiosos
que á las rocas del monte conmovieron.

—Tú eres, Isaac, la víctima que elige
para este puro sacrificio santo
el Dios eterno que los orbes rige:
corra tu noble sangre entre mi llanto.—

Dice, y al hijo que ardoroso amaba,
en quien cifrado su esperanza había,
en quien su hermoso porvenir miraba,
en quien su gloria terrenal tenía,

Su ilusión, su ventura, su consuelo,
la llave de oro que con alta ciencia
dióle el Señor para que abriera el Cielo
y el mundo á su escogida descendencia,

A la *risa de Dios*, al que es figura
del santo Redentor Omnipotente,
coloca en el altar y le asegura
con firme mano, con humilde frente.

Deshecho entonces siente en mil pedazos
saltar su corazón, y comprimiendo
el fatigado seno con los brazos,
preparado á matar está muriendo.

En vano treguas pide á los dolores,
dueños tiranos de su pecho fuerte,
para entregar su bien y sus amores
á la tremenda inexorable muerte.

Los ojos tiene con afán clavados
en aquel hijo á quien adora ciego,
mientras vierten sus párpados hinchados
mil lágrimas de hiel, de sangre y fuego.

Los susurros del céfiro süave
escucha como acentos de agonía
y el blando trino con que canta el ave
cual eco triste de la tumba fría.

Ancho, fúnebre manto tenebroso
es á su vista el claro firmamento
y el rojo ardiente sol esplendoroso
un fantasma fatídico y sangriento.

En tanto el bello Isaac, firme y sereno,
el blanco cuello límpido desnuda
y el golpe aguarda de temor ageno
sin que su mente empañe negra duda.

No la muerte, que espera resignado,
le hace perder su venturosa calma,
sino el fiero dolor del padre amado
cuya amargura le destroza el alma.

Sus quejas oye, sus suspiros cuenta,
y el llanto puro de su pecho herido
el corazón del joven atormenta
como lluvia de plomo derretido.

Despide Abraham un grito formidable
que el monte y sus contornos estremece,
y armado de valor incontrastable,
con fe divina que en los riesgos crece,

El brazo adelantándose levanta
donde vibra tremendo su cuchillo,
que del humilde Isaac en la garganta
rápido vierte su siniestro brillo.

Mas entonces del Cielo la alta cumbre
en vivo fuego mágico se enciende,
y envuelto en ondas de divina lumbre
un arcángel bellissimo descende

Que, deslunbrando á Isaac, pasa ligero
mientras el padre le contempla mudo,
y entre el cuello del joven y el acero
tiende sus alas cual celeste escudo;

Y con voz cual la brisa dulce y pura,
como el trueno y el mar raula y sonante,
el paraninfo de la eterna altura
dice vuelto al anciano su semblante:

—Nuncio soy del Señor; Abraham, detente;
Dios está de tu fe ya satisfecho
y á tus palabras sabe que obediente
te arrancas fiel el corazón del pecho.—

Embriagado de júbilo inefable
el generoso Abraham de nuevo llora
y besando la tierra deleznable
bendice á Dios y su piedad adora.

Levántase radiante de contento
y á los brazos de Isaac luego se lanza
que, muerto ya en su fe, por un portento
hora vuelve á nacer á su esperanza.

Enlazados entrambos con ternura
sus voces al Señor suben unidas,
y de delicia y celestial ventura
sus lágrimas descenden confundidas.

Bajo el regio dosel de azul y oro,
la faz velada en transparentes nubes,
himnos alzando á Dios en dulce coro
las bellas alas baten los querubes.

La eterna corte satisfecha mira,
desde el Cielo, espectáculo tan tierno,
y su derrota al ver, ardiendo en ira,
maldice y ruje el monstruo del Averno.

Las arpas de los ángeles sonoras
el ancho espacio inundan de armonía
y derraman sus vestes brilladcras
lumbre más bella que el fulgor del día.

De la tumba del sol hasta el Oriente
se extienden los suavísimos cantares
y responden con eco prepotente
el aire, el sol, los montes y los mares.

Abraham é Isaac absortos contemplaban
aquel santo concierto peregrino
y sus ojos que trémulos vagaban
del verde campo al éter cristalino.

Enredado del monte en la espesura
ven entonces un cándido cordero,
del celestial Jesús bella figura,
que dió salud al universo entero.

Y colocado en el altar hermoso
donde azucenas vierten los querubes
entre el lirio y el nardo deleitoso
subió su sangre al cielo en blancas nubes.

—En ti serán benditas las naciones—
clamó el Señor,—y en tu glorioso hijo;—
y doblaron las célicas legiones
sus himnos y su santo regocijo.

Y cual óleo celeste derramado
de la suprema misteriosa altura
del divino cordero inmaculado
bajó la sangre soberana y pura.

Santa lluvia de amor, mística fuente,
de fe, de luz, de bendición y gloria,
que de entrambos varones en la frente
puso el signo inmortal de la victoria.

Hijo y padre de nuevo se abrazaron
con profundos suspiros de alegría
y en sus senos de júbilo saltaron
Moisés, David y la nación judía.

Y sonaron las férvidas canciones
que el pueblo de Israel, santo y bendito,
en sus triunfos y horribles aflicciones
supo elevar al Dios de lo infinito.

Los salmos de David y la elocuente
inspirada palabra de Isaías,
y los himnos de Débora valiente
y los trenos del triste Jeremías.

Los ecos de Moisés que, sostenido
por el brazo de Dios, venció los mares,
y de Job el acento dolorido
entre el tierno cantar de los cantares.

Y á la mente de Abraham iluminada
abre su negro seno lo futuro
sin que puedan poner á su mirada
ni el tiempo un velo ni el espacio un muro.

La escala de Jacob deslumbradora
brilla bajo los cielos entreabiertos
y eternizan la lumbre de la aurora
los ángeles de púrpura cubiertos.

La gran Jerusalem dó resplandece
el Santo templo admiración del mundo

al pié del monte mágico aparece
brotando como el sol del mar profundo.

La salvadora Cruz también descuella
sobre la enhiesta cumbre levantando
su víctima al zenit y la luz bella
del astro de Justicia derramando.

Y los santos apóstoles cristianós
que siembran en la tierra paz y amores
para luego coger con puras manos
en el eterno edén cándidas flores.

Y los ídolos torpes que fenecen,
y el templo de Luzbel que se derrumba
y los genios del mal que desaparecen
hallando en el Infierno inmensa tumba.

Señor, que diste á Abraham su fe divina,
su heróico esfuerzo, su obediencia santa
y la dorada lumbre peregrina
que el porvenir espléndido abrillanta,

Dame también á mí la seductora
luz de la fe que á los mortales guía
y fulgure á mis ojos nueva aurora
de ventura y de paz en este día.

Yo quisiera tornar para adorarte
en un volcán de amor mi pecho ardiente,
yo quisiera tener para cantarte
la voz del huracán y del torrente.



Á la Inmaculada Concepción de María Santísima

THE
LIBRARY OF THE
MUSEUM OF COMPARATIVE ZOOLOGY
AND ANATOMY
HARVARD UNIVERSITY
CAMBRIDGE, MASSACHUSETTS



A la Inmaculada Concepción
DE
MARÍA SANTÍSIMA

ODA

PARÁCLITO de Dios, numen divino
que corres cual espléndido torrente
en raudal torbellino,
del Padre Eterno al Hijo Omnipotente!
Que eres el beso en ámbar bañado,
el celestial suspiro perfumado
con que Dios de placer su seno inunda,
y el regalado soplo
que hasta la misma nada hace fecunda!
Dame tu inspiración, la inmensa llama
en que el profeta ardía;
el óleo de tu amor y tu armonía
sobre mi humilde espíritu derrama;

santifica este fuego que me inflama
y cantaré las glorias de María!

Quiero cantar la sin igual pureza
de la mujer á quien rendido adora
el ángel inclinando su cabeza,
que en ella ve su Reina y su Señora,
á quien el Verbo Eterno dice *Madre*,
á quien *Hija bendita* llama el padre,
á quien el Santo Espíritu enamora.

Quiso el Señor, desde su inmenso Trono,
verter la vida en fúlgidos raudales,
y de la nada oscura
sacar, cual rica perla, la criatura
para llenarla luego de alegría,
de glorias y riquezas celestiales.
De sus vívidos ojos brotó el día;
su soberano acento
bordó en hilos de luz el firmamento
colmado de bellezas y armonía;
dió delicadas formas y colores
á la grosera tierra deleznable,
y puso, con pincel inimitable,
vario matiz en las pintadas flores;
hizo rodar al sol por la ancha esfera,
de luz envuelto en fulgorosos mares,
y salpicó su espléndida carrera
con grupos mil de bellos luminaires.

De la azucena con la nieve pura
y el dulce fuego de encendidas rosas
formó las bellas plantas deliciosas

de la gentil fragante primavera;
orló de aljofarada filigrana
su frente soberana,
dióla de sauces verde cabellera,
y alas leves de brisas armoniosas.
Al águila prestó rápido vuelo
y al ruiseñor dulzura peregrina,
que con los ecos de su voz divina
trasporta el alma á la región del Cielo.

En líquidos cristales
la bravura encerró del Oceano,
poniendo sólo á su poder por freno
de blanda arena el invisible grano
que aquel lanzará de su hirviente seno.
—Hagamos, dijo, al hombre,—y de su mano
salió la llama pura,
la noble y vigorosa inteligencia,
imágen del Señor, en quien fulgura
un destello inmortal de su alta ciencia,
que irradia en vaso de perfecta hechura.

Brotó después hermosa,
bañado en luz el virginal semblante,
de un mínimo fragmento
del hombre, pura, cándida, radiante
cual la temprana rosa
que rompe el verde tallo en un momento
la primera mujer, rico tesoro
de ternura, de amor, de sentimiento,
y el ángel desplegando
sobre el celeste azul sus alas de oro,
relámpagos lanzando

de seductora lumbre,
subió entre aromas á la excelsa cumbre.

Y vió el Señor entonces
de sus obras la mágica belleza,
la magestad del cielo soberano,
de las flores la gala y gentileza,
la suavidad del viento y armonía,
el poder que ostentaba y la grandeza
cual rey del universo el hombre ufano,
recién salido de su augusta mano,
y dijo:—Todo es bueno,
—el mundo está de perfecciones lleno;—
aunque en su mente poderosa via
que entre las flores del pensil humano
otra flor más brillante brotaría.

Mas su mirada ardiente
penetró del futuro el denso velo,
y desde el Trono altísimo del cielo
el porvenir remoto vió presente.
En el espejo de su ciencia puro
vió de Adán y del Ángel la caída,
y el sol miró manchado, el cielo oscuro,
y á la culpable humanidad perdida.
Pero al diluvio del pecado horrendo,
á esa lluvia de fuego asoladora
quiso oponer un arca salvadora
que las olas flamígeras hendiendo
de esa lava infernal, en donde brilla
de rebelión la fúnebre bandera,
del mar inmenso á la lejana orilla,
que con divina lumbre reverbera,
al hombre dulcemente condujera.

—Habrá un cielo sin nubes, dijo entonces,—
un sol sin manchas que perenne brille,
un ángel de la tierra, á cuyas plantas
el ángel de los cielos se arrodille
lleno de amor y de delicias santas.
Una mujer habrá cuya pureza
verá el cielo de amor arrebatado;
ella ha de herir la bárbara cabeza
bañada en llamas del dragón malvado;
el fatídico monstruo del pecado
aunque domine desde polo á polo
no infamará su ser inmaculado,
y ni un cabello sólo
podrá tocar de la que viene pura
á devolver al globo su hermosura.
De nuestro excelso Trono
bajando hasta su seno
tomará carne el Verbo, y luego el mundo
con el diluvio de su sangre lleno
en virtudes y amor será fecundo,
libre del peso del pecado inmundo.»

Y el arcángel cayó... que la soberbia
puso el signo del mal sobre su frente,
y el que ayer puro junto á Dios volaba
y sus glorias cantaba,
torpe se arrastra y silba cual serpiente.
Mas su acento doloso y fementido
de la incauta mujer en el oído
cual música dulcísima resuena,
y con sus manos de alabastro toma
la hermosa infiel la malhadada poma,
y al hombre se la ofrece y lo envenena.

¡Quién como yo!...—repite el insensato
de los rebeldes ángeles el grito,
y el Cielo entonces clama:—Estás maldito.—
El orbe entero en colosal tumulto
contra su rey airado se levanta,
y le castiga con tremendo insulto.
El hombre siente vacilar su planta,
que la tierra, en profundas convulsiones,
deja el fuego escapar de cien volcanes;
desátanse los fieros aquilones,
y el rayo luce por la vez primera
rasgando el negro manto de la esfera.

Los tigres y chacales
sienten hervir en su indomable seno
de su inflamada cólera el veneno.
En secos arenales
se convierten los prados seductores,
y hasta las frescas rosas purpurinas,
dulces prendas de paz, dicha y amores,
responden de la guerra á los clamores
entre armadura bélica de espinas.

Mas una blanca estrella
de sin igual pureza y hermosura
su clara luz destella
entre las sombras de la noche oscura.
Una mágica brisa
viene á anunciar la paz y la bonanza,
una amorosa celestial sonrisa
de Dios, en lontananza,
al hombre muestra el iris de esperanza.

Tras de la fiera lucha
y el fragor del inmenso cataclismo
sólo del hombre el sollozar se escucha,
sólo reina en la tierra el hondo abismo.
La triste raza humana
queda hundida en un mar de llanto eterno;
ella, que fué del mundo soberana,
esclava es de Satán y del Infierno;
y arrastra una cadena
que el corazón la oprime,
y en negra cárcel de fantasmas llena
su débil ser aprisionado gime.

Pasó el tiempo: los siglos presurosos
ufanos desplegaron
sus gigantescas alas, y sobre ellas
templos, tronos y alcázares alzaron,
y al imprimir sus huellas
mil potentes imperios arrasaron.

La horrenda idolatría
del corazón del hombre se apodera,
y ansioso clava allí su garra fiera.
Los más impuros repugnantes vicios
en *dioses* se convierten,
y al hombre exigen culto y sacrificios,
y sangre humana vierten
con infernal encono
sobre mentido altar y falso trono.

Mas cuando el mundo ya se desquiciaba,
de mil delitos é impurezas lleno,
y de Satán la copa rebosaba

henchida hasta los bordes de veneno;
cuando impotente la razón callaba,
y el hombre, en su culpable desvarío
rompiendo del amor los dulces lazos,
iba del genio del orgullo impío
á reclamar los pérfidos abrazos,
en las regiones de la eterna sombra,
de vivas llamas sobre ardiente alfombra,
Dios, apiadado de su infiel criatura,
interpuso su brazo omnipotente,
y en la dulce efusión de su ternura
veloz detuvo el rápido torrente.

Y á dos tiernos esposos
que el otoño atraviesan de la vida,
sin dejar tras de sí la seductora
huella de amor querida,
un ángel de los Cielos se presenta
en el silencio de la noche pura;
y al ver que uno suspira y otro llora,
dice con voz bañada en dulce encanto:
—Oh amigos del Señor, vuestra amargura
cese, y tórnese en gozo vuestro llanto;
Dios os concede la mayor ventura
que al hombre pudo dar sobre la tierra:
Ana dichosa, tu aflicción destierra,
Que la Madre del Verbo immaculada
En tu seno santísimo se encierra.—

Y entró en el mundo el alma de MARÍA,
y el mundo entonces renació más bello,
y Satán temeroso no acudía
á estampar del pecado el torpe sello

sobre aquella mujer predestinada,
que aún antes de nacer logró victoria
tan noble y señalada,
que atravesó la entrada
de la vida fugaz y transitoria
con corona inmortal de luz y gloria.

Entró en la tierra como el áureo rayo
del sol hermoso que preside en Mayo,
en el lodo derrama sus fulgores,
que luego immaculado torna al cielo,
y convertido deja
el cenagal impuro en bellas flores,
de aroma envueltas en flotante velo.

El Hacedor del mundo dijo:—*Sea*,—
y brotó de su mente poderosa
de luz radiante la fecunda idea
de un alma noble, justa y candorosa,
y á la región humana bajó luego
este divino fuego
á envolverse en las tintas de la rosa,
y en un cendal de nieve esplendorosa.

Hízola Dios en su saber profundo
cual otro nuevo sol y nuevo mundo,
isla de nácar y oro, que flotante
cruza la mar airada donde ruge
la negra tempestad amenazante,
árbol de amor fecundo
que arraigado está en Dios, su tronco tiene
en la esfera del cielo rutilante,
y á dar sus frutos á la tierra viene.

Los ángeles pulsando
las sonoras arpas estremecen
del Empíreo las bóvedas doradas,
y las auras de luz donde se mecen
festivos revolando
entre el candor de eternas alboradas,
férvidos himnos sin cesar cantando
al nombre de MARÍA,
sagrado mnaantial de su poëía.

Los patriarcas santos,
que esperaban solícitos la hõra
de levantar á Dios limpias sus alas
y de su amante espíritu las galas,
gozosos vieron despuntar la aurora
de su inmortal ventura,
vieron la blanca nave
que cruza entre sus olas de amargura
el mar del mundo lóbrego y desierto
llevando al hombre al anhelado puerto,
vieron del cielo la dorada llave,
vieron con ella el paraíso abierto.

La tierra se engalana
con el fulgor de aquella
plácida aurora de feliz mañana,
inalterable luna y blanca estrella.
Nace la flor temprana
más rica en hermosura y lozanía,
festivas cantan las canoras aves
con más dulce armonía,
y el arroyuelo envía
murmurios mas suaves

á Dios cuando entre riscos se despeña,
y es porque el cielo á modular le enseña
el nombre inmaculado de MARÍA.

Ya el alcázar del vicio se desploma,
su cárcel rompe el universo entero
con el blando arrullar de una paloma
y al balar de un mansísimo cordero.
El Soberano Sol de la Justicia
desciende hasta la tierra,
y al espantoso estruendo de la guerra
himnos de paz suceden, que los hombres
entonan llenos de inmortal delicia,
al ver absortos que el Olimpo estalla,
que sus dioses fingidos se evaporan,
y que después de colosal batalla
Dios sólo es Dios... y férvidos le adoran.

¡Salve, mujer de celestial grandeza,
espejo de virtud y de pureza;
lirio del valle, inmaculada rosa
en el Edén nacida,
inmarcesible y bella y nunca herida
por vil insecto ó sierpe ponzoñosa;
alta torre, divina fortaleza
donde el genio del mal jamás ha entrado,
que hasta el Empíreo subes
por cima de las nubes,
de las nieblas y sombras del pecado!

¡Salve, ciudad de Dios, mística escala
que vió Jacob del éter suspendida;
jigante cedro que incorrupto exhala

aroma virginal de eterna vida;
armadura del cielo invulnerable;
potente egida de diamantes hecha,
do por primera vez la formidable
espada de Satán saltó deshecha!

Tu inmaculado nombre
es de la gracia y perfección el signo:
sin él jamás el hombre
de la mansión del cielo fuera digno;
sin esta bella cifra encantadora
el palacio de Dios no abre su puerta;
Sin esta dulce música sonora
del sueño sepulcral nadie despierta.
Tiéndenos una mano protectora
que en las ásperas sendas de la vida
nos libre amante de mortal caída,
alta Reina, santísima Señora:
cúbrenos con la egida
de tu amor y pureza soberana;
haz que rompamos de la tumba el sueño
en el jardín risueño
donde perenne brilla la mañana.

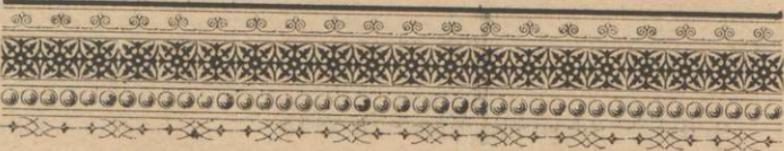
Gloria á la noble España, patria mía,
de quien eres santísima Patrona;
por eso fué temible á los infieles;
por eso en su magnífica corona
brillan con luz divina los laureles
que en la tierra y los mares recogía;
por eso es la nación de la pureza,
de la lealtad, la gloria, la grandeza,
de la fe, del valor y la hidalguía!

Gloria al Vicario de Jesús ungido
y á la Iglesia de Dios, que de luz llena,
del Santo Inspirador bajo las alas,
grabó sobre tu escudo la azucena
que á tu origen prestó nítidas galas.

Gloria al presente siglo,
ese coloso, que por gran portento
mares sujeta, tempestades doma,
unce á su carro el huracán violento,
montes taladra y á su voz desploma,
hilos de fuego inteligente toma
del desgarrado manto de las nubes
por dar alas de luz al pensamiento.
Gloria al siglo inmortal en que la ciencia
enalteciendo al hombre,
le señala el fulgor de tu existencia
y la grandeza de tu excelso nombre.



LA NOCHE BUENA



La Noche Buena

~~~~~

## ÉGLOGA

### I

**A** la orilla de límpida corriente  
que aún en el crudo invierno besa flores,  
descansan dulcemente  
sobre alfombra de césped dos pastores.  
Ya el sacro numen venerado en Delo  
en el mar de Occidente se ha bañado;  
ya su apacible hermana  
la cándida Diana  
brilla en su trono iluminando el cielo,  
viste de plata el renaciente prado;  
ya con su tenue soplo el aura leve  
las tiernas hojas mueve  
del árbol secular, y en los sentidos  
derrama su blandísimo beleño:  
todo al reposo y á la paz convida,

y del hombre sepúltase la vida  
 en ese ignoto abismo que abre el sueño.

Recogido el ganado en sus rediles,  
 los nobles hijos de la edad de oro  
 que, lejos de las viles  
 intrigas de la córte, su tesoro  
 en paz perenne y soledad amena  
 aunque pobres y humildes encontraban,  
 los rústicos manjares de su cena  
 tranquilos apuraban  
 y así entre tanto con candor hablaban:

## AMATHEO

¡Hermosa noche, Aradio! Qué fortuna  
 es contemplar el transparente velo  
 de la eterna región que es mi consuelo!  
 ¡Quién duerme en tanto que la blanca luna  
 borda de rica filigrana el cielo!

## ARADIO

¡Cuál brillan las estrellas  
 en su espléndido alcázar diamantino!  
 ¡Cuál resplandecen de Jehová las huellas  
 en esas luces bellas  
 que espejo son de su poder divino!  
 Mas ¡ah! ¿Por qué el destino  
 del mundo es tan cruel? ¡Dios Soberano,  
 yo bendigo tu nombre!  
 mas si es grande la fuerza de tu mano  
 ¿por qué es pequeño y desdichado el hombre?

## AMATHEO

Filósofo pastor, calma esa lucha  
que es tan estéril, desarruga el ceño,  
no te entristezcas, por piedad, y escucha  
lo que anoche he soñado.

## ARADIO

Dí tu sueño.

## AMATHEO

Un divino pastor sobre la tierra  
con su cayado, en que germinan flores,  
aumentaba los monstruos de la guerra  
brindando paz á reyes, á pastores.  
Cual inmenso rebaño,  
iba detrás el universo entero;  
manso y humilde y con amor extraño  
jugaba el fuerte león con el cordero;  
el buitre acariciaba á las palomas;  
los hombres como hermanos se abrazaban;  
los duros riscos, delicadas pomas  
doquier brotaron, y, esparciendo aromas,  
suave miel las encinas destilaban.

## ARADIO

Ilusiones son esas, Amatheo.  
Pero, ¡gran Dios, qué veo!  
un mancebo gallardo  
desciende entre purísimos fulgores.

## AMATHEO

Mas que el jazmín y el nar lo  
 su aérea blanca veste espira clores;  
 sus ojos son la rutilante llama  
 del astro rey del día.  
 ¡Es que en el fuego del Señor se inflama!  
 ¡Es un ángel de luz... Mas ay, nos llama!  
 yo muero, sí, de asombro y de alegría.

## UN ÁNGEL

Nobles hermanos, elevad la frente,  
 pues que ya como á hermanos os saludo:  
 el hijo del Criador omnipotente  
 carne ha tomado en que tendrá su escudo  
 la flaqueza del hombre delincuente:  
 en ella luego la eternal justicia  
 descargará su golpe formidable;  
 hoy nace el que es del Cielo la delicia:  
 el rey de reyes, el cordero amable  
 hoy sale al mundo como grano de oro  
 del cáliz de una mágica azucena:  
 cántenle tierra y cielo en dulce coro.

## ARADIO Y AMATHEO

¡Oh Dios de la bondad! ¡Oh noche buena!

## II

En un ruinoso establo,  
cercado de pastores,  
en sus carnes santísimas sufriendo  
del helado Diciembre los rigores,  
está el Dios hombre á quien el mundo debe  
su vida y hermosura,  
su grandeza los astros y sus leyes,  
el rayo de su espada los guerreros,  
y el brillo de su púrpura los reyes.

La más alta virtud á la sencilla  
pobreza de la mano  
lleva en esta mansión del Soberano  
que al pobre ensalza y al soberbio humilla,  
Los de Oriente finísimos encajes,  
las espléndidas lámparas de plata,  
la seda y los bordados cortinajes  
en donde haciendo á la humildad ultrajes  
lánguida la molicie se retrata,  
no están allí; pero la faz divina  
que inundára el Tabor en pura lumbre,  
aquel tugurio pastoril convierte  
en trono celestial y excelsa cumbre  
triunfadora del tiempo y de la muerte.

La cándida doncella  
pura, luciente estrella  
del mar, joya del cielo,  
esposa del Amor de los Amores,  
á quien dan sus perfumes del Carmelo

las delicadas flores,  
esa á quien ciñe el Iris cuyo manto  
es el fúlgido sol, á cuyas plantas  
la luna pide con modesto encanto  
miradas bellas y sonrisas santas  
de sus ojos divinos y su boca,  
ese altísimo cedro floreciente  
alcázar de la luz, torre eminente  
que en el Empíreo toca  
elevando hasta Dios la ebúrnea frente  
su esplendor, su mirífica belleza  
que envuelven los querubes  
en blanco velo de aromosas nubes,  
su nítida pureza  
que el negro soplo de Luzbel no empaña  
oculta humildemente  
en la ruda mansión de una cabaña.

Los ángeles de Dios entre fulgores  
bajan á la región de los humanos,  
y en plática feliz con los pastores  
discurren enlazados de las manos.  
Y el mundo exclama al presenciar la escena:  
¡Oh Dios de la bondad! ¡Oh noche buena!



Al glorioso Patriarca Sr. San José





Al glorioso Patriarca Sr. San José (\*)

---

**V**ENTUROSO patriarca,  
compañero de María,  
que en tus brazos recibiste  
al bello Sol de Justicia:

Tú que ufano en tu morada  
encerraste la luz viva  
que los ángeles adoran  
y los querubes admiran:

Protector de aquesa nave  
que entre escollos, perseguida  
á buscar un nuevo mundo  
con fé celestial camina:

---

(\*) Poesía premiada en el Certamen celebrado por la Junta de Fomento del Círculo Católico de Obreros en Abril de 1879.

Dulce modelo de esposos:  
á quien Dios puso por guía  
de los obreros honrados  
y los padres de familia;

Enséñanos con tu ejemplo  
la saludable doctrina  
que del Cielo al mundo trajo  
la Eterna Sabiduría.

Haz que á los hombres humildes  
que al trabajo se dedican  
y se ganan el sustento  
con afanes y fatigas

Ni los hinchen la soberbia,  
ni los consuma la envidia,  
ni la pereza los hiele  
ni los abraze la ira.

Alienta sus esperanzas  
y sus pesares mitiga:  
aparta de sus senderos  
las aceradas espinas.

Alejados de las pompas  
y las mundanales dichas  
miran pasar lentamente  
los instantes de la vida.

Y elevando á Dios el alma  
sólo su contento cifran  
en el Cielo, donde esperan  
hallar descanso y delicias.

¡Oh José, tú que encontraste  
dentro de tu casa misma,  
todo el fulgor de la gloria  
á los justos prometida,

Y en tanto que trabajabas  
amoroso departías  
con el Rey de cielo y tierra  
y con su Madre bendita;

A los pobres artesanos  
con piedad un punto mira,  
bendice su noble esfuerzo  
y sus obras santifica!

Las almas tristes inunda  
en esa santa alegría  
que el Niño á tu pecho trajo  
de su morada divina.

Suave bálsamo derrama  
en las profundas heridas  
abiertas por las pasiones  
de la templanza enemigas.

Nuestros corazones toca  
con esa vara florida  
y brotarán azucenas  
y rosas nunca marchitas.

Fortalece las virtudes  
cuando en el pecho germinan  
tiernas, como en Primavera  
crecen flexibles espigas,

Que el ardiente sol abrasa  
y el cierzo helado aniquila:  
mándales desde los cielos  
suave luz y blanda brisa;

Y como el dulce rocío  
que de perlas las salpica  
á darles corona bajen  
las lágrimas de María,

De esa madre afectuosa  
que nos escucha benigna,  
y nuestras preces acoje  
y nuestros males alivia.

Ruega, feliz patriarca,  
ruega también, Madre mia,  
por el Pontífice Sumo  
que está de Pedro en la Silla.

Por el ilustre Prelado  
que al puerto eternal nos guía,  
por los honrados obreros  
que á vuestras plantas se humillan.

Rogad por todos los hombres,  
que aunque pecadora indigna  
de Adán la infiel descendencia  
es vuestra amada familia.

Y el Niño que aquí en el mundo  
cual hijo os obedecía,  
derramará los favores  
que todos tanto codician.





A la entrada triunfante de Jesús  
en Jerusalem





## A la entrada triunfante de Jesús en Jerusalem

### ODA (\*)

**D**ulce Jesús querido,  
fuerte león y cándido cordero,  
aurora eterna del edén hermoso,  
del triste mundo celestial lucero;  
dame tu luz, mi débil fantasía  
inunde un rayo de tu inmensa gloria  
hoy que pretendo celebrar el día  
del triunfo del amor, de tu victoria.

Pon en mis labios la sagrada piedra  
que hirió la lengua del profeta pura,  
dame las alas del querub que adora  
con faz velada en la suprema altura  
la eterna Magestad deslumbradora.  
Yo busco ansioso sucumbir al peso

---

(\*) Premiada con un jazmín de oro y esmalte el 26 de Mayo de 1830 en el acto de los Juegos Florales de Córdoba.

de tantas dichas y de gloria tanta:  
 quiero morir de amor en el exceso,  
 tu amor cantando como el ángel canta.

. . . . .

Jerusalem dichosa,  
 reina del mundo, joya del Oriente,  
 enamorada esposa  
 del Verbo celestial, alza la frente,  
 enjuga el llanto de tu faz hermosa:  
 tus lánguidos suspiros  
 no turben ya las auras placenteras;  
 dulcísimos cantares  
 de gozo y de consuelo  
 con efusión entona,  
 hoy que arrullada del amor del Cielo  
 pura recibes inmortal corona.

Bebe en el cáliz que el Señor te ofrece  
 el néctar celestial de la alegría.  
 ¡Oh soberano día,  
 dulces momentos, anheladas horas!  
 ¡Quién arrancar pudiera  
 las alas que batís encantadoras  
 volando ufanas á la azul esfera!  
 ¡Quién detener lograra  
 del loco tiempo la veloz carrera  
 y el curso de los astros fulguerosos  
 cuando le brinda pródiga la suerte  
 brevísimos instantes de ventura  
 que luego ha de trocar en amargura,  
 llanto, dolor, desolación y muerte!

Contristada Sión, Sión cautiva  
 que bajo el yugo vil de los tiranos

doblaste el cuello y las inermes manos;  
recibe ya la cándida paloma  
que lleva el ramo de halagüeña oliva.  
Desecha tus pasadas amarguras,  
abre tu corazón, de la esperanza  
á las auras suavísimas y puras,  
y los deretos del Señor venera  
si suspiras por ver en lontananza  
brillar el iris con su luz primera.

Mas ¡oh!... que ya te miro  
de gozo henchida levantar ufana  
el abatido rostro  
que de brillantes joyas se engalana  
y con inmenso júbilo divino  
volar en busca del cordero amado,  
del gran conquistador, del rey del Cielo  
que viene á darte paz, vida y consuelo.  
¡No tiembles! El amor le ha desarmado  
y la humildad le cubre con su velo!

Hijos de la ciudad dominadora,  
monumento de Dios, vaso escogido  
para verter el bálsamo que adora  
postrado el ángel y el querub rendido;  
partid... no más tardad... ¡sonó la hora!  
Con blancas flores y doradas palmas  
salid en busca del esposo bello  
que con beso de amor en vuestras almas  
sabr  poner su soberano sello.

Mas ya se acerca...  l es... el deseado!...  
un humilde animal se ha transformado

en esplendente trono de la gloria:  
en él modesto cabalgando viene  
el gran caudillo que á sus plantas tiene  
sugeto el sol y esclava la victoria.

No le ofrezcais en fúlgida diadema  
el oro que los crímenes empañan,  
ni elpreciado laurel de los guerreros  
que en turbias olas rebramando fieros  
mares de sangre sus coronas bañan.  
Flores, palmas y olivas  
derramad á los pies del Rey que anuda  
de cielo y tierra el inefable lazo  
trayendo á vuestras puertas  
la victoria y la paz en dulce abrazo.

*Hosanna, hosanna*, desolados gritan  
de todas partes: aromosas flores  
cubren la tierra; los sonoros himnos  
el aire encienden y al Empíreo suben.  
Labios purpúreos cual nacientes rosas  
que llevan aún impreso  
del divino candor el puro beso,  
dan al viento canciones amorosas  
que oye Dios con dulcísimo embeleso.

Los ángeles y férvidos querubes  
también responden con acento blando  
allá en la eterna luminosa esfera,  
las dulces arpas de Sión pulsando.  
Jerusalem feliz, en tu alabanza:  
todo es paz y ternura y armonía:  
el genio, bienhechor de la esperanza

te cubre amante con sus alas bellas  
y entre arrullos suavísimos te envía  
la luz del iris, que fulgura en ellas,  
prometiéndote plácida bonanza.  
El Cielo entonces cual radiante espejo  
muestra tu imagen la ciudad divina  
con cimientos de jaspe y de topacio  
que fundada en la esfera cristalina  
será del justo el inmortal palacio.

Escrito estaba y se cumplió... ¡cuán grande  
es el poder á veces  
dado por Dios á la mortal criatura!  
¡Oh santa profecía  
que al hombre ofreces celestial ventura!  
¡Oh grandiosa, magnífica figura  
de aquel supremo y anhelado día  
en que abrirá sus puertas de diamante  
la gran Jerusalem!... Pálido entonces  
el astro rey apagará su lumbre,  
herido por los rayos inmortales  
de la celeste soberana cumbre.

Con más puro fulgor que las estrellas,  
llenas las almas de eternal delicia,  
irán vestidas de las luces bellas  
del espléndido sol de la justicia.  
Recorrerán ufanas  
bordada senda de fragantes rosas  
que enlazadas con lirios y azucenas  
tejen al corazón redes hermosas,  
y en blanca flor el alma convertida  
al esposo dará la esposa amada,

flor en el mundo lóbrego nacida  
y al paraíso eterno trasplantada  
y con llanto de amor aljofarada.

¡Cánticos nuevos sonarán do quiera  
de santo amor en inefable tono;  
Jesús entonces entrará triunfante  
y eterna brotará la primavera;  
inmensa gloria rodeará su trono;  
inmensa luz inundará la esfera.

Mas ¡ay! que ya la mente  
más abatida cuanto más se encumbra,  
arrobamiento no, vértigo siente;  
quiere gozar y gime tristemente;  
quiere mirar á Dios y se deslumbra.

Los hombres todos al aprisco santo  
del eterno pastor los ojos vuelven;  
los templos de Luzbel tiemblan, vacilan  
y en humo sus columnas se resuelven.  
Vencida al fin en la tenaz contienda  
su triste faz horrenda  
la soberbia infernal de los abismos  
bajo las llamas lívidas oculta,  
su hinchado seno con furor desgarrar  
y á Dios maldice y á Satán insulta.

Bañada en hiel la ponzoñosa boca,  
de fuego armados los tremendos ojos  
el odio se adelanta  
vertiendo espinas y sembrando abrojos  
do quier que pone la funesta planta,

y al ver que á Dios el universo adora  
ardiente lava furibundo llora,

Todas las tenebrosas potestades,  
con infernal encono,  
claman contra el potente soberano  
que derribó su formidable trono  
prestando luz al corazón humano.

Y vosotras huid, fascinadoras  
deidades que inventara el fanatismo;  
fantasmas infernales  
del poder y la vida usurpadoras;  
sombras habitadoras  
del falso Cielo que abortó el abismo.  
Huid, monstruos horribles, que cubiertos  
de celestial ropaje  
con el hombre y con Dios en cruda guerra  
á la Deidad haciendo vil ultraje  
insultábais al cielo y á la tierra.

Huid, que ya las auras  
del santo edén benéficas soplando  
disipan la tormenta pavorosa  
que bramaba en la esfera tenebrosa  
estrageo y muerte por do quier sembrando.  
Hoy el iris magnífico se ostenta  
en un cielo de nácares y rosa  
y encadenando al genio del profundo  
la Humildad y el Amor salvan al mundo.

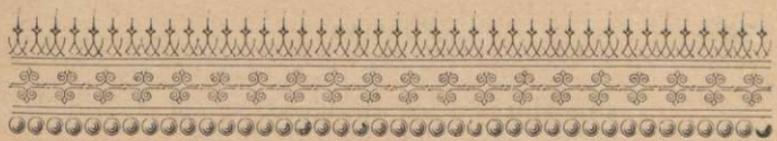
. . . . .  
Abramos todos á Jesús el pecho  
con llave de humildad, démosle flores

de eterno aroma, de virtud la palma  
y hondos suspiros en que escuche el alma  
música suave del que siente amores.  
Bellos ramos de oliva  
pongamos á los pies del Rey eterno  
que rompe las cadenas del infierno  
y libra el alma que gimió cautiva.  
Arrostrando la humana desventura  
busquemos los caminos de la ciencia,  
siempre vestidos de la blanca y pura  
túnica celestial de la inocencia,  
y en pos iremos del esposo amante  
rompiendo el velo de las negras nubes  
á la inmortal Jerusalem triunfante  
que alfombra el sol y pueblan los querubes.



LA SANTA CENA





## La Santa Cena

---

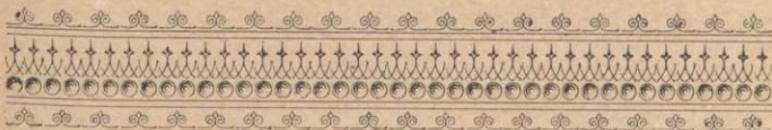
**E**N una rica morada  
donde tienen bello enlace  
la sencillez seductora  
y el noble lujo del arte,  
Jesús, aquel nazareno  
á quien las gentes aplauden  
escuchando de su boca  
nuevas y eternas verdades  
en medio de sus discípulos,  
que fieles á todas partes  
le siguen, está cenando,  
y el amor, si vivo late  
en el pecho, ante la mesa  
siempre tiene digno ensanche.  
Ya no dá vista á los ciegos,  
no calma las tempestades,  
no despierta á los dormidos  
que en helada tumba yacen;  
pero sorprende á los hombres  
con prodigios aún más grandes.  
El pan toma y le bendice,  
bendice también el cáliz,  
y ofrece el manjar divino  
y la bebida inefable  
á sus amigos, tornándolos

superiores á los ángeles.  
Ya no es que el cielo desciende  
al nivel de los mortales:  
es que el débil hombre sube  
sintiendo esta nueva sangre  
á erguir su elevada frente  
sobre los tronos brillantes  
donde tienen regia silla  
las celestes potestades.  
Ya Dios y el hombre parece  
que pueden llamarse iguales,  
pues Dios en el hombre habita,  
carne hospedada en su carne,  
sangre que ardiente circula  
por sus venas, y el cadáver  
del viejo Adán resucita  
á inmensas eternidades.  
¡Gloria á Dios que en esta noche  
se humilla tanto, que parte  
su grandeza y su corona  
con el humano linaje!  
No es ya que las áureas puertas  
del bello Edén se nos abren;  
es que somos moradores  
de las cumbres celestiales.  
Humanidad que engañada  
la manzana vil probaste,  
come ese pan de los cielos  
y á Dios serás semejante;  
*serás, como Dios*, si Dios  
tiene en tu pecho hospedaje.



A Nuestra Señora de los Dolores





## A Nuestra Señora de los Dolores

~~~~~

VIRGEN del Hombre-Dios engendradora,
amada Reina, celestial María,
madre del pecador, fúlgida aurora,
nuncio dichoso del eterno día:
dame tu luz, purísima Señora,
vierte tus gracias en el alma mía
hoy que pretendo con mi pobre canto
tributo dar á tu recuerdo santo.

Salve, Madre de Dios, yo te saludo
con el arcángel de la etérea corte:
Tú eres mi luz, mi protector escudo,
mi blanca estrella, mi anhelado norte;
Tú, Virgen Santa, de mi pecho rudo
mover puedes el mágico resorte
que en pos me lance de tu amor divino
como en alas de raudo torbellino.

Hiere mi corazón tan inconstante
con ese dardo de tu pecho ardiente,

que yo anhelo sufrir un sólo instante
el agudo dolor que tu alma siente;
haz que baje á mi pecho palpitante
un sólo rayo de tu amor vehemente,
y si de tanto amor sucumbo al peso
muera de Dios en el amante beso.

Ten piedad de las almas afligidas
presa de mil gusanos mordedores,
de acerba hiel y de veneno henchidas
que ven marchitas sus tempranas flores:
vierte para sanar nuestras heridas
el bálamo eficaz de tus amores,
bálamo puro que anhelante espero
ya que sin tí desesperado muero.

¡Oh Madre, la más tierna y contristada,
la más pura, más santa y más hermosa,
divina flor, de abrojos rodeada,
perla en el seno de la mar nudosa,
blanca estrella del éter arrancada,
del alto Edén inmarcesible rosa,
fragante lirio, cándida azucena
¿cuál, dime, es tu dolor, cuál es tu pena?

De blancas perlas caudalosos rios
tus dulces ojos son, Reina del cielo;
mas los hombres no ven, ciegos é impíos,
tu amargo llanto, tu infinito duelo;
y siguen en culpables desvarios
aumentando tu horrible desconsuelo,
mientras por ellos tú piadosa lloras
y del Padre Eternal favor imploras

¿Llanto derramas? Y lo ven mis ojos
y no te rompes, corazón de piedra?
Alma culpable que la diste enojos
¿cómo tu inmenso crimen no te arredra?...
Permite, oh Madre, que á tus pies, de hinojos,
yo implore tu perdon, y cual la yedra
la cruz abrace de tu excelso Hijo
quedando en ella para siempre fijo.

Jesús, el Santo Verbo, el enviado
para extirpar el odio furibundo;
el divino Cordero immaculado,
del hombre gloria y pasmo del profundo;
el Oleo del Empíreo derramado
para lavar la iniquidad del mundo;
el Hombre-Dios á quien el Cielo adora,
padece y muere, celestial Señora.

Padece y tú le ves... le ves rendido
bajo el peso insufrible del madero
y con sudor y polvo oscurecido
el rostro que dió luz al orbe entero:
le miras espirar aborrecido,
y al rudo golpe de dolor tan fiero
sintiendo el corazón hecho pedazos
muerto le ves en tus amantes brazos.

El sol entonces dolorido oculta
su roja luz y de crespón se viste:
la sombra de los muertos insepulta
cruza los aires con murmullo triste,
y el hombre vano que atrevido insulta
al Supremo Señor de cuanto existe,

de miedo horrible y de zozobra lleno,
siente un volcán en su convulso seno.

El mar le acusa con furor bramando
y en altos montes hasta el sol subiendo,
airado el viento sin cesar silbando
también maldice su pecado horrendo;
severo el Cielo su fulgor negando,
la tierra sus abismos entreabriendo,
todo á una voz y sin piedad condena
al mísero mortal á enorme pena.

Tú sola, oh pura Virgen dolorosa,
por mis hermanos pérfidos suspiras
é intercedes por ellos generosa,
que ya tus hijos en los hombres miras.
¡Madre del Verbo y del Amor esposa
que tanta fe y abnegación inspiras,
déjame ver al elegido fuerte
que al morir ha triunfado de la muerte.

Permite, oh Reina, que mi sed apague
en la fuente de amor de su costado:
deja que allí mi corazón halague
la dulce realidad del bien amado:
déjame, por piedad, que me embriague
con el néctar del Cielo derramado,
y luego en alas de apacible sueño
suba al alcázar de mi hermoso dueño.

.

Adios, oh Santa Virgen, que trocaste
los abrojos del mundo en bellas flores

con el llanto que, triste, derramaste
por el eterno Amor de los amores:
llorar anhelo como tú lloraste
al sentir agudísimos dolores,
que el llanto desde aquella hora suprema
es para el hombre celestial diadema.

Adiós, oh Madre cariñosa y pura
del hombre que te llama y que te adora:
por tu amor, por tu plácida ternura,
Santa Reina, divina protectora;
por tu precioso llanto de amargura
sé nuestra luz, dulcísima Señora,
viertan tus ojos eternal consuelo
y abran tus manos la región del Cielo.



A JESÚS EN SU AGONÍA



Á JESÚS EN SU AGONÍA

JESÚS, sol de la verdad,
que espiras en este leño.
Hombre-Dios, único dueño
del mundo y la inmensidad,
si la Muerte y el Dolor
son de tu palabra esclavos,
si para herirte esos clavos
te están llamando, Señor,
si cuanto existe es en tí
y sólo hay vida en tu mente
*¿por qué de la Cruz pendiente
estás muriendo por mí?*

Tú me diste noble aliento
y un mundo para reinar,
y un cielo que conquistar
á mi altivo pensamiento;
mas yo en cambio te negué

con torpe lengua profana,
 y esa frente soberana
 de espinas ¡ay! coroné;
 cuanto pude te ofendí
 ya malvado, ya demente,
*¡y tú de la Cruz pendiente
 estás muriendo por mí!*

Las áridas piedras gimen
 á su Dios dando tributo
 y el sol se cubre de luto
 al ver de Salem el crimen.
 ¿Por qué toda la creación
 te conoce y te ha llorado
 menos el hombre, dotado
 de cabeza y corazón?
 Un infierno merecí
 do penar eternamente!
*Mas ¡tú de la cruz pendiente
 estás muriendo por mí!*

Ver sólo el cadáver frío
 del astro rey, ver al mundo
 agitarse moribundo
 en las nieblas del vacío;
 no aspirar cual un consuelo
 este ambiente regalado
 y morir desesperado
 sin volver la faz al cielo,
 eso y más tendré sin tí,
 padre benigno y elemento ..
*Mas no, de la Cruz pendiente
 estás muriendo por mí!*

¡Oh Cruz do la humanidad
logró su mayor victoria,
clavos que me abris la gloria
por toda la eternidad;
haced que mi pecho sienta
de mi Jesús la pasión;
traspasad mi corazón
y que lllore y se arrepienta!
Perdona mi frenesí ,
santo cordero inocente,
*ya que de la Cruz pendiente
estás muriendo por mí!*



À JESÚS EN SU MUERTE



A Jesús en su muerte

RAUDAL hermoso que en doradas hebras
bordando al hombre espléndida corona
en su inquieta pupila el cielo esmaltas,
bella luz seductora.

Tú que das sus riquísimos matices
al lirio azul, á la purpúrea rosa
y á las aves de nítido plumaje
que al éter se remontan,

¿Por qué se apaga tû inmortal hoguera?
¿Por qué no luce la divina antorcha
que mar y tierra con su imperio abarca
y con su brillo dora?

Es que la lumbre que el Eterno Empíreo
llena con los fulgores de su gloria,
veloz le aparta de la humana esfera
y nos sepulta en sombras.

Por Él absorta la creación se viste
con el luto de noche tenebrosa:
las huecas tumbas con sollozos abren
sus asombradas bocas.

La muerte con la vida se confunde,
los difuntos sus urnas abandonan
y con hondos gemidos funerales
al Rey del Cielo lloran.

El mar, ansiando devorarnos, brama;
el viento con violencia nos azota
y en abismo de horrores se convierte
naturaleza toda.

¡Muere Jesús! La humanidad se lava
en el mar de su sangre generosa
y el linaje de Adán acrisolado
de su sepulcro brota.



LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO SOBRE LOS APÓSTOLES



La venida del Espíritu Santo
sobre los Apóstoles

ODA (*)

PASARON los profetas
como truenos de Dios, cual torbellino
asolador, intrépidos pasaron
los guerreros que al mundo dominaron,
y brindándonos paz hermosa vino
la que todos los hombres anhelaron
edad de luces y de amor divino.

El humanado Verbo ya se humilla.
ya padece cruelísimo tormento
el rey del Firmamento
ante quien dobla el ángel la rodilla:
ya mana de la cumbre del Calvario
esa sangre que al orbe regenera

(*) Premiada con el poema MARÍA destinado al accesit del asunto religioso en los Juegos florales celebrados en Córdoba el día 11 de Junio de 1859.

convirtiéndolo en vivo Santuario
do habita Dios como en su propia esfera:
ya se ha rasgado el velo
que la verdad en sombras envolvía,
y franca está la que conduce al cielo
de espinas y dolor humilde vía.

Conoce el hombre la verdad eterna:
Mas ¡ay!... que no le alumbrá,
la pura íntima luz, la luz interna
que al alto cielo la razón encumbra:
y ¿quién será el maestro
del corazón vehemente
que lo lleve de Dios á las alturas
en el flagrante carro de la mente?

El amor, el amor, eterno soplo,
emanación purísima del cielo
donde el mortal cansado peregrino
tan sólo puede hallar paz y consuelo.
El Santo Amor con que el eterno ama
al Hijo eterno que sin fin produce,
el infinito Amor, la inmensa llama
que á solo un Ser reduce
la ciencia y el Poder, cerrando luego
el círculo de Dios con almo fuego.

El amor, dulce fuente de la vida,
perfume eterno que el Creador exhala,
beso divino de su santa boca
con que Dios á sí mismo se regala,
sol del edén y misteriosa escala
que al mundo baja y al empíreo toca.

El amor, ala pura del ingenio,
fuego que con ardor le hace fecundo,
luz inefable que revela al génio
los secretos recónditos del mundo.

¡Ese divino amor que se desprende
de la gloriosa altura
donde el querub le canta,
y en el humano corazón enciende
de eterna caridad la hoguera santa!

Ya los doce enviados
que prepara el Señor en su alta ciencia
á difundir los rayos de su lumbre
cual astros puros de la excelsa cumbre,
donde tiene su sol la inteligencia,
como hermanos queridos
están en el cenáculo reunidos;
alto rumor atónitos escuchan
cual de pujante trueno,
y ven bajar las llamas esplendentes
del Santo amor que vierten en su seno
las gracias celestiales á torrentes.

Nuevó fulgor sus ojos ilumina
que en el Oriente plácido alborea;
afán desconocido
en sus pechos magnánimo campea,
y desde aquel momento
en que con otras prendas celestiales
dar quiso Dios á todos los mortales
un mismo corazón y un pensamiento,
estos hombres sencillos
en diferentes lenguas

hablan de Dios con elocuencia rara,
y á su palabra se estremece el Orbe,
Satán sucumbe y la razón se para.

Y tú, vieja Babel, aborto inmundo
del orgullo fatídico, que guerra
al cielo declaró, ya te derrumbas,
y de menudo polvo, y de ruinas
vas á cubrir las solitarias tumbas
de los mentidos sabios
que á la santa verdad escarnecieron
vertiendo errores con impuros labios.

La confusión horrenda
en que al mundo envolviste
como nube liviana desaparece
al soplo del amor: plácida viste
la aurora, nuevas galas,
y entre triunfos gloriosos ya camina,
ya vuela del espíritu en las alas
al trono eterno la unidad divina.

¡Dame, Señor, un rayo de tu esfera,
baja, célico númen, Amor santo:
tu inextinguible hoguera
enciende en mí y elevaré mi canto
por cima de las nubes
á la sacra mansión de los querubes!

Tú eres el manantial de la poesía,
la paz del corazón, la luz del alma.
Desde el dichoso día
en que al mundo bajaste

á llenar nuestros pechos de alegría,
los tímidos apóstoles
que huyeran cual obejas desbandadas
presa al ver á Jesús de la inclemente
turba de foragidos,
de su sueño despiertan de repente
y por tu luz heridos
de la heróica virtud el santo fuego
y el valor del martirio cobran luego.
La espada poderosa
del vencedor supremo de la muerte
empuñan, y del don de los milagros
armados ya con la palanca fuerte
que de Febo detuvo la carrera,
marchan, y por do quiera
van venciendo á los hórridos dragones
que del oscuro Averno
irritados salieran á legiones
á dominar la tierra maldecida
desde que el padre Adán prevaricando
emponzoñó las fuentes de la vida.

¡Qué gigantesca lucha!
¡Qué valor y qué fe!... Doce titanes
que al emprender osados sus campañas
pueden, llamando á Dios en sus afanes
mandar al sol y acumular montañas,
guerra declaran al antiguo cielo
que al hombre presentar sólo podía
de crímenes y vicios vil modelo,
y en un manto de luto le envolvía,
y con enorme paso le agoviaba
y en piélagos de sangre le inundaba.

La nube del error se desvanece,
los templos de los ídolos se hundén,
y los genios del antro se confunden
y la tierra se agita, se estremece
atónita mirando, de su altura
caer en mil fragmentos
deshecho el áureo formidable trono
del Dios potente que lanzara el rayo,
y el Olimpo pasar cual sombra vana
que disipa la luz de la mañana.

Y vosotros, tiranos de la tierra,
¿osareis apagar el heroísmo
de los que en brava guerra
sepultaron un cielo en el abismo?...
¡Jamás!... ¡jamás!... poblad vuestras prisiones
y llenad vuestros circos de inocentes
cristianos: desatad vuestros leones
más fieros: aprestad hierros candentes:
hogueras encended: el odio infame
y el orgullo feroz que los eternos
abismos inundó, su hiel derrame:
la negra envidia furibunda brame,
é invente en su locura mil infiernos
que de cristiana fe, de fuego santo
henchida el alma que gustosa apura
la amarga copa del atroz tormento,
de la horrible mansión de su tortura,
cual oro del crisol, sale más pura.

El noble corazón que en el combate
entusiasmado late,
arder sintiendo la gigante llama

del santo amor que sin cesar le inflama,
en lágrimas de gozo por la tierra
y en himnos por el cielo se derrama.

Embravecido el mar, en espumosas
ondas subiendo, pero siempre en vano,
escalar las regiones luminosas
quisiera, donde ufano
el sol muestra su alcázar soberano;
y á su imagen las míseras pasiones
no pueden apagar la inmensa hoguera
encendida en los nobles corazones,
donde el sol de justicia reverbera.

Dulces himnos alcemos,
bendigamos unánimes la hora,
en que el amor soplando
cual brisa de los cielos seductora,
fué la inerte materia reanimando.

Las leyes, que cruelísimas cadenas
eran antes, sus duros eslabones
van á tomar de rosas y azucenas
en lazos que unirán los corazones;
y los absortos pueblos
tras el mar infinito de su lloro,
tras la nube de horrenda idolatría
verán aparecer la edad de oro,
bella creación de celestial poesía.

Teñida la pujante
mano en sangre, la vista chispeante,
orlada de relámpagos la frente,

negra hiel derramando del ardiente
trémulo labio, lívido el semblante
donde el furor se pinta y el encono,
se aleja ya la guerra furibunda
cayendo del volcán, que era su trono,
y si cual sierpe herida se revuelve
retorciéndose en hondas convulsiones
y el fiero diente clava
en los tristes humanos corazones,
si muerde todavía
no ya mira á sus pies cual una esclava
á la tierra infeliz, ni las naciones
destruye en solo un día;
ni lleva atado el hombre
á su carro triunfal, de entre los seres
borrando ufana su glorioso nombre,
ni salpica de fango á las mujeres
ni marcha convirtiendo
la nueva sociedad en caos horrendo.

Sentada sobre el sol adonde sube
con sus almas de férvido querube
la pura inteligencia
todo lo rije: al soplo de la ciencia
que bebió con afán en la divina
copa de amor, la tierra se transforma
y el hombre con su espíritu domina
entera la creación: entra triunfante
en su velado ser; mundos descubré
y del cielo las leyes adivina.

Pesa los astros en su fiel balanza,
y por la inmensa esfera del vacío

en pos de ellos se lanza
marcándoles su rumbo: la materia
pronto tiene de ser cual pluma leve
que en sus pintadas alas poderosas
á la esfera del sol el génio lleve;
que el espíritu humano
fuerza será que vuela y que se encumbra
si Amor le da su aliento sobrehumano
y le corona el Cielo soberano
con los eternos rayos de su lumbre.

Y tú, la más hermosa
de todas las criaturas, bello lirio,
pura y fragante rosa,
tú que creciste, celebrada esposa,
en medio las espinas del martirio;
tú, madre santa, que nacer me hiciste
hijo del Hombre-Dios venido al mundo
por el ardiente amor que te tenía,
recibe con dulcísimo embeleso
el regalado beso
que desde el Cielo plácido te envía.
Sobre tus tiernos pétalos brillantes
flor de divino aroma,
con los ojos de amor centelleantes
suspensa está la celestial paloma
que enamorada brilla
con la luz del Señor, y tu semilla
del aura que te arrulla blandamente
al soplo volará de polo á polo
y hasta el Ocaso irá desde el Oriente...

.

Espíritu divino,
santo amor que á la tierra descendiste
en raudo torbellino
y la eterna palabra nos trajiste,
y el nectar de los cielos derramaste,
y en tu fuego creador nos abrasaste,
y de todos los hombres uno hiciste!
Tú que en el borde mismo
del tenebroso abismo
á que el odio traidor le conducía,
paraste el mundo en su fatal carrera
y de anhelada paz y de alegría
abriste al alma venturosa era.
Tú, que diste á la mente
nuevo esplendor, y al corazón ardiente
con vínculo sagrado
la unistes extinguiendo con tu soplo
las negras huellas del primer pecado.
Tú, que haces de la ciencia
el alto serafín que vió Isaías,
y tú, que al arte guías
sosteniéndole en éxtasis profundo
por las etéreas vías
donde en sueño de amor siempre fecundo
el cielo copia y embellece el mundo!
Tú, que el custodio eres,
y el alma de la Iglesia
á quien Satán persigue con encono,
no la dejes jamás en abandono,
conserva ilesas sus preciosas galas,
presta á su eterno trono
áureo dosel con tus radiantes alas!!!

Ven, Espíritu Santo,
que ya su deuda el hombre ha satisfecho,
y si el hermoso encanto
del primitivo edén miró deshecho,
con tu fuego de amor seca su llanto,
y si anhela otro edén, mora su pecho.

Aura consoladora
que al espléndido alcázar de la aurora
alborozada vuelas,
acude, acude, impele
con blando soplo las nevadas velas
de la nave de Dios que pura brilla
y sin descanso boga al insondable
mar inconmensurable
sin límites, sin fondo, sin orilla,
donde por gran portento,
y sin que pueda hallarse fiel trasunto
está la eternidad en un momento
y está la inmensidad en sólo un punto.



Á los hermanos mártires San Acisclo y Santa Victoria

À los hermanos mártires

San Acisclo y Santa Victoria

ODA (*)

A LTA luz de la fe que allá en la cumbre
de la Eterna Deidad tu brillo ostentas
y en la patria del hombre
eres velado sol entre tormentas:
yo bendigo tu nombre,
abrásame en tus rayos, pura lumbre,
ven y mi mente súbito ilumina,
pon en mis labios la verdad divina.

Yo siento una inquietud, un ansia vana
que sólo un cielo mitigar pudiera.
¡Ay!... y es que tuvo la grandeza humana,
hoy en fúnebre cárcel prisionera,
alas de fuego en su primer mañana.

(*) Aunque esta composición se escribió con objeto de aspirar á uno de los premios en ciertos Juegos florales de esta ciudad, no fué presentada por haberse concluido después del plazo fijado á este fin.

Yo quisiera volar: arrebatado,
correr de Febo la brillante vía
y el espléndido alcázar azulado,
donde vaga mi errante fantasía,
agitarme en los rápidos torrentes
y perderme del mar en lo infinito,
sorprender el misterio de las fuentes,
lágrimas de un gigante de granito,
suspirar con el aura del desierto
entre montes de arena voladora
y unirme de los mundos al concierto
en la cándida risa de la aurora
que con mano de rosas y de nieve
del sol el carro de diamantes mueve.

Mas ¡ay!... mi noble anhelo
sucumbe al fin bajo delirio insano.
¿Qué es el hombre si alzar piensa su vuelo
hasta el trono de gloria soberano?
Un átomo, no más en ese cielo
y una gota del férvido Océano
que escalar las alturas quiere en vano.
Sólo la fe que en el Empíreo toca
con su radiosa frente
que suave miel destila de su boca
y el tesoro de Dios guarda en su mente,
sondar pudiera el pavoroso abismo
donde la luz divina centellea;
por ella unido el hombre con Dios mismo
de una dicha inefable se rodea,
y nuevos mundos poderoso crea.

Sí, que la fe cristiana

volando sin cesar de polo á polo
muestra herido á sus plantas el Tonante.
Y la excelsa doctrina de un Dios solo
Creador potente, bondadoso amante
del hombre su bellísima criatura,
morir hace al Olimpo en noche oscura.

Pasa, Roma cruel, gigante sombra
que al mundo entero en tu furor dominas
y sobre extensa alfombra
de sangrientos cadáveres caminas;
pasa, espectro feroz, que ya te espera
el Orco funeral con sus horrores:
tú enciendes para el mártir una hoguera
que lo baña en divinos esplendores:
bajo tu mano y tu dogal maldito
torna la Fe su lastimero grito
en cánticos á Dios de paz y amores.

En torno del triclinio solitario
el epulón suspira
que ya ni el ave consagrada á Juno
ni el dulce nectar de Falerno mira
entre brillantes matizadas pomas
y flores de suavísimos aromas!
¡Oh señora del mundo! ¡Oh destronada
Reina!... Tu suerte compasión inspira.
Ya tus sabios esconden en su pecho
la ponzoña letal de amarga duda;
ya no velan los lares en tu techo,
que el manto de los Césares deshecho
ven, la lira de tus vates muda;
ya el fiero Marte con mirada esquiva

te niega, pueblo rey, esa corona
donde jamás brilló modesta oliva;
ya en su silla curul no vuela altiva
triunfante y pura tu gentil matrona;
tus templos de impiedad están desiertos,
por tierra yace tu imponente sólio,
y de vergüenza y confusión cubiertos
los dioses huyen ya del Capitolio.

Y espira la serpiente silbadora
y á sus pies se sepulta su esperanza:
mas al morir, traidora,
todo el veneno de sus ojos lanza,
toda la hiel apura
que cual dardo infernal su lengua vierte,
y en una sola horrible mordedura
quisiera dar al universo muerte.

En Córdoba, el edén de los amores
que en su terso cristal Bétis retrata
dando á la favorita de las flores
líquido espejo y ceñidor de plata
en este edén donde Favonio gira,
en mansas ondas con murmurio tierno
las víctimas están que ardiendo en ira
elige el monstruo del profundo Averno.

Mas inútil la rabia del tirano
es, y de Roma la esplendente gloria
se eclipsa ante el esfuerzo sobrehumano
del gran Aciselo y la inmortal Victoria.
—No recuerdes tus dioses corrompidos—
firmes gritan al déspota romano,

—que es infame su historia,—
pues llenos siempre de pasiones viles
en vez de alzarse á la suprema altura
se arrastran en el cieno cual reptiles
ó al vicio dan fantástica hermosura.

La furia del león que se embravece
al ver que su rival lo desafía,
y con roncós rugidos estremece
el bosque inculto y la arenosa vía,
y con raudales de su sangre acrece
el hirviente volcán de su mirada,
y en sus ojos flamíjeros presenta
el brillo atroz de centellante espada,
antes de herir por el rencor sangrienta:
imagen es del formidable enojo
de aquel tirano ciego
que ardió en furor inconcebible y mudo
cuando encendidos en divino fuego
desoyendo los jóvenes su ruego
de santa fe bajo el potente escudo
el gran poder de Roma despreciaron
y del excelso Olimpo blasfemaron.

En lóbrega mazmorra los sepultan.
y Dios de inmensa lumbre los rodea:
con horribles sarcasmos los insultan.
y el cielo en sus pupilas alborea:
arrójanlos en hornos encendidos
y las llamas, domésticas besando
sus piés, les brindan rutilante trono
á la par vengadoras castigando
de sus fieros verdugos el encono;

tumba después en el profundo río
les preparan, y auméntase su gloria
que el Betis con suavísimos abrazos
en triunfo lleva en sus nudosos brazos
al gran Aciselo y la inmortal Victoria.
Pero abrir las mansiones celestiales
Dios á sus hijos predilectos quiere
y una nube de dardos infernales
silba entonces y rápida los hiere.
Después, la muerte con su mano helada
los nobles cuerpos de los héroes toca.
los contempla con lánguida mirada.
los besa al fin con su amarilla boca,
y suben luego á la feliz morada
las almas puras en su dicha extrema,
y allá en la cumbre de la luz suprema
que ni en sueños jamás miró el artista
les ciñe un ángel la inmortal diadema
que el valor de los mártires conquista.

Y contemplan el místico Oceano
del ser Eterno y de la Ciencia suma
donde los mundos y el poder humano
son leves copos de movible espuma,
y abrazados de amor en ansia ardiente,
al par que en dulce deleitosa calma,
en el seno de Dios Omnipotente
beben la vida y la salud del alma.



Al mártir y escritor cordobés San Eulogio



Al mártir y escritor cordobés

SAN EULOGIO

ODA (*)

Si en el lecho de paz en que reposas,
noble ciudad querida,
entre lirios balsámicos y rosas
que el aura llenan de fragancia pura
y guarnecen de mágicos colores
tu nupcial esplendente vestidura,
siempre amada del sol y de las flores;
si en tu pensil risueño
descansando á la margen de ese rio
que en gemir á tus plantas pone empeño
miras pasar con deleitoso ensueño
la imagen del antiguo poderío

(*) Premiada con un jazmín de oro con hojas esmaltadas, en los *Juegos florales* celebrados en Córdoba en 15 de Junio de 1878.

con su pompa oriental y su grandeza
y el brillo de tu corte soberana,
y tu gentil belleza
de Damasco y Bagdag altiva hermana,
no serán los acentos de mi lira
los que basten un punto á conmoverte;
mas del ilustre mártir que me inspira
el venerado nombre te despierte.

Su eminente virtud dorado asiento
en el alcázar de la eterna lumbre
le alcanzó: su atrevido pensamiento
llevóle hasta la cumbre
donde el genio creador alza gigante
la poderosa frente:
su alma vive en la esfera rutilante:
su fama gloriosísima resuena
en ecos mil y el universo llena.

Torna un punto la faz... ¡Ah! tienes fijos
en Dios los ojos... pero escucha el canto
de amor con que tus hijos
te quieren saludar, Eulogio santo.
¿No ves cual te veneran?... ¡Te aman tanto!
Si en ese cielo caben
los aplausos del mundo y sus coronas,
deja que te las ciñan, que te alaben,
mientras tú sólo á Dios himnos entonas!

La raza del Profeta
en Córdoba tenía
encantada mansión do el Paraíso
su belleza inmortal y su armonía

bajando al mundo trasladado había.
Claro el sol de la ciencia iluminaba
el cielo de Occidente;
y el arte en formas mil tornasolaba,
cual rosado arrebol que flores miente
sobre nítido azul, su pura frente.

Mas ¿qué es la ciencia humana
con su poder y su absoluto imperio
si en la verdad eterna no se inspira
y al cielo magestuosa no se encumbra?
¡Mísera sombra vana!
¡Frágil lámpara en triste cementerio
que tan sólo á cadáveres alumbrá!

No es bella la enramada floreciente,
ni del piélago azul el oleaje,
ni el líquido cristal de limpia fuente,
ni las aves de espléndido plumaje
que el aire bordan en su raudo vuelo,
si á darles brillantez, forma y colores,
no baja un rayo de la luz del cielo!

Así también tinieblas pavorosas
de visiones fatídicas pobladas
se agitan en la mente
si de la Fe las dulces alboradas
y el astro refulgente
de la Razón Divina
con supremo esplendor no la ilumina.

Sólo en Dios la Verdad y la Belleza
eternas viven: plácidas descienden

de su trono inmortal: en Él empieza
el Arte cuyas flores se desprenden
de la celeste altura
donde encuentra los vínculos el hombre
de su gloria, su amor y su ventura.

Eulogio, prez y honor de esta ribera,
la sacrosanta Cruz es la bandera
que animoso enarbolas,
y desdeñando la arrogancia fiera
del tirano mušlím que altivo impera
la inundas de tu sangre con las olas:
tú de todos los mártires delante,
egregio capitán, perenne brillas;
tú los llamas, alientas y acaudillas
mostrando ufano con la luz radiante
que tu numen destella
de aquel mar proceloso en las orillas,
al soplo airado de aquilón tonante
cual faro inmoble y protectora estrella
el puerto suspirado al navegante.

Y miras con desdén esos placeres
de encantadas mansiones
que recuerdan á Chipre y á Citeres;
los raros amenísimos jardines
que Abril con sus sonrisas engalana:
los bellos, misteriosos camarines,
nidos de amor en rica filigrana;
las fuentes de fantásticas labores
que en espejos de plata trasparente
copian del sol la matizada lumbre;
los palacios de mármol esplendente

cual corona ostentando los fulgores
de la bóveda azul en su techumbre
que al tiempo desafía;
la seda, la vistosa argentería
y el festín en alcázar opulento
do entre joyas y aromas y hermosura
en dorada ilusión se transfigura
el severo y altivo pensamiento.
Los goces todos que el Profeta quiso
conceder á la hueste triunfadora
que sangrientos laureles atesora,
y en su bello profano Paraíso
acumula su mente soñadora
no logran que separes tu mirada
fija en Dios, en su gloria, en su morada.

Cual si escuchases al celeste coro
que ante la faz del Hacedor se inclina
—¡Padre, exclamas, Señor á quien adoro,
que reinas en la esfera cristalina
al eco dulce de las arpas de oro,
monarca eterno de Salem divina!
Por tu inmensa bondad, tu omnipotencia,
tu gloria y santo nombre,
hazme al punto gozar de tu presencia,
supremo bien que prometiste al hombre.
Mira que el dardo fuerte
de tu amor infinito me traspasa
el corazón. ¡Piedad! Venga la muerte
del dolor precedida. Quiero verte.
Por tí, Señor, mi espíritu se abrasa.
Fuego en el alma siento;
y aunque débil y exánime suspiro

é inextinguibles llamas son mi aliento,
 á más intenso amor, á más aspiro.
 ¡Hacer más viva mi pasión intento!—

Una doncella, hermosa
 como el rayo de luz que en la mañana
 busca su trono en la fragante rosa,
 que pinta con amor de nieve ó grana,
 arrójase á tus piés con hondo anhelo
 y cubierta de aljófares te dice:
 —Mi padre blasfemando me maldice,
 y el verdugo me sigue vigilante.
 Dame las raudas alas con que al cielo
 se remonta el cristiano, el carro ardiente
 del Profeta que oraba en el Carmelo,
 el bravo arranque, el atrevido vuelo,
 la mirada del águila potente;
 yo en el Dios de Jehovah sólo confío:
 del Calvario en la cumbre está la gloria:
 bajo tu santa fe siempre, Dios mio,
 la tumba es templo y el morir victoria.—

—De tanta fe, respondes, oh Leocricia;
 tus sinceras palabras están llenas
 que los cielos te escuchan con delicia
 un lugar preparando en las serenas
 mansiones donde crecen
 divinas azucenas
 que al vivo soplo del amor florecen,
 donde las almas puras
 de las candidas vírgenes se mecen,
 en auras de perfumes y dulzuras
 alabando al Señor de las alturas.—

La joven te escuchó con alegría:
mas ¡ay! el vil tirano
á quien dá Satanás soberbia impía
te acecha con rencor, vela inhumano,
prepara con afán el corbo acero
y anhelante te busca noche y día
con la rabia del tigre carnicero.
—Venga la muerte—exclamas
tu cuello presentando: el golpe horrible
del verdugo, cual rayo prepotente
que baja envuelto en amarillas llamas,
hunde en el polvo tu inspirada frente
del génio nobilísimo palacio,
y el alma sube á Dios: así el aroma
de la oprimida flor en el espacio
las leves alas de las brisas toma
por volar hasta el claro firmamento,
y una blanca bellísima paloma
junto á tu cuerpo vela,
mientras la dulce luna
en las ondas diáfanas riéla
del Betis cristalino,
y al asomar risueña la alborada
se pierde entre su lumbre nacarada
cual del hombre en los cielos el destino.

Orgullosa Mahomet, esa corriente
que lánguida suspira
con la sangre del martir inocente,
la sangre ha de llevarse de tus hijos
rugiendo fiera en rápido torrente.
El porvenir asoma
de signos terroríficos cubierto:

y el huracán que con brioso empuje
arrancó airado el plátano de Roma,
tronchará la palmera del desierto.
La Guerra que entre hermanos
ya su carro flamígero pasea;
la Discordia fatal que en vuestras manos
trémulas pone su encendida tea,
dará fin al poder y á los placeres
de que gozan impuros los Omniadas:
pálidas gemirán vuestras mujeres
perdón pidiendo en lágrimas bañadas:
los palacios, los templos y alminares
montón serán informe de ruínas;
y allí do tiene el Islamismo altares...
¡de eterno oprobio nacerán espinas!

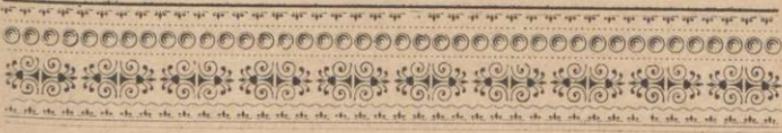
Eulogio, santo martir, ya te miro
al Empíreo volar. Cuando arrebatas
el alma de Leocricia
de los senos del Tártaro profundo
á la cumbre del sol de la Justicia,
entras en la sonora
mansión encantadora
cuyas puertas abrió tu genio ardiente
á María y á Flora;
entras en la luciente
ciudad de Dios: altísimas murallas
de fúlgidos diamantes la circuyen:
los rayos, los volcanes, las batallas
con fuego asolador no la destruyen!

Allí sobre la alfombra
de soles y de estrellas,

donde jamás la sombra
roba su esmalte á las auroras bellas,
te ofrecen, con sus alas
flotando en blancas aromosas nubes,
los ángeles y fervidos querubes
de eterna juventud las ricas galas;
te sonríen las púdicas doncellas,
de Jesús amantísimas esposas,
los mártires te abrazan con ternura
y ufanos ciñen á tu frente pura
guirnaldas de amarantos y de rosas;
y Dios, el infinito Soberano
que en el fuego de amor siempre se inflama,
de su amor y su vida el oceano
sobre tu absorto espíritu derrama.



AL ARCÁNGEL SAN RAFAEL.



Al Arcángel San Rafael

SONETO

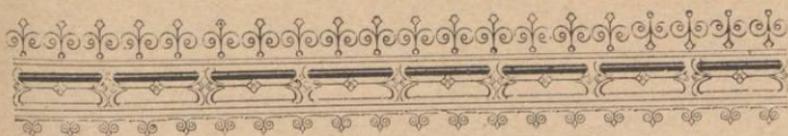
ARCANGEL puro que en sagrado acento
himnos de amor con júbilo incesante
elevas ante el trono rutilante
en que tiene Jehová su tierno asiento;

Pues hiciste solemne juramento
de ser custodio y defensor constante
de Córdoba feliz, donde triunfante
tu imágen brilla serenando el viento,

No permitas que el cielo trasparente
de esa fe que hace siglos la ilumina
se empañe al soplo de aquilón potente:

Si de Dios eres sabia medicina
y apartas de este pueblo el rayo ardiente,
danos la luz de la verdad divina.

LAS DOS ALMAS VIAJERAS



Las dos almas viajeras

LEYENDA RELIGIOSA

I

EN dos miserables camas,
llenos de dolor están
dos enfermos acabando
su vida en un hospital,
uno, lleno de soberbia,
otro, lleno de humildad:
éste levanta á los cielos
con fe su pálida faz
y pide á Dios que le preste
cristiana conformidad,
que le alivie, que le ayude
á morir en dulce paz,
estrechando un crucifijo
sus manos con tierno afán;
mas aquél jura, blasfema
y como sierpe infernal
se retuerce, y su veneno

comunica á los demás.

—¿Qué te sirve ese *retrato*,—
exclama con impiedad,

—de un Señor que no conoces
ni ver esperas jamás?

—Si, espero verle, muy pronto
en la mansión celestial!

Implora tú, caro amigo,
su favor y su bondad,—

repuso el creyente, y luego
con cariñoso ademán,

—compañero: no te burles
añadió—mira que vas

en carro de fuego ardiente
pronto conmigo á viajar.

—Pero vamos á la nada.

—Vamos á la eternidad!

II

Y espiraron.... y al momento
en alas del pensamiento,
subieron hasta el palacio
que colocó su cimiento
fuera del tiempo y espacio.

Y al tocar en el dintel
de la celeste morada,
se echaron una mirada
las dos almas, una infiel
y otra de amor abrasada.

—¡Siento pavor, siento frio!

dijo el alma del impío;
—Dame tu fuego, tu ardor.
—No hay fuego, si no hay amor
al *Divino Esposo* mío.

—¡Oh terrible oscuridad!
Hoy todo me causa enojos.
—Grande fué tu ceguedad!
¿Por qué cerraste los ojos
á la luz de la verdad?

—¿De quién es esta mansión
tan bella y encantadora?
Sus riquezas ¿de quién son?
—Del *Esposo* á quien adora
Rendido mi corazón.

—Es verdad. Ya no lo niego.
Quisiera abrazar su cruz.
Mas ¿cómo á sus plantas llego
Si estos raudales de luz
me dejan turbado y ciego?

—¡Ay de tí que la luz viste,
y esa luz te daba enojos,
y de sus rayos huíste,
y en tinieblas te envolviste,
y te arrancaste los ojos!

—A fe que quisiera entrar;
mas ¡mira mi desnudez!
—Eres loco singular.
¿Quién viene así á visitar
al gran Rey, al noble Juez?

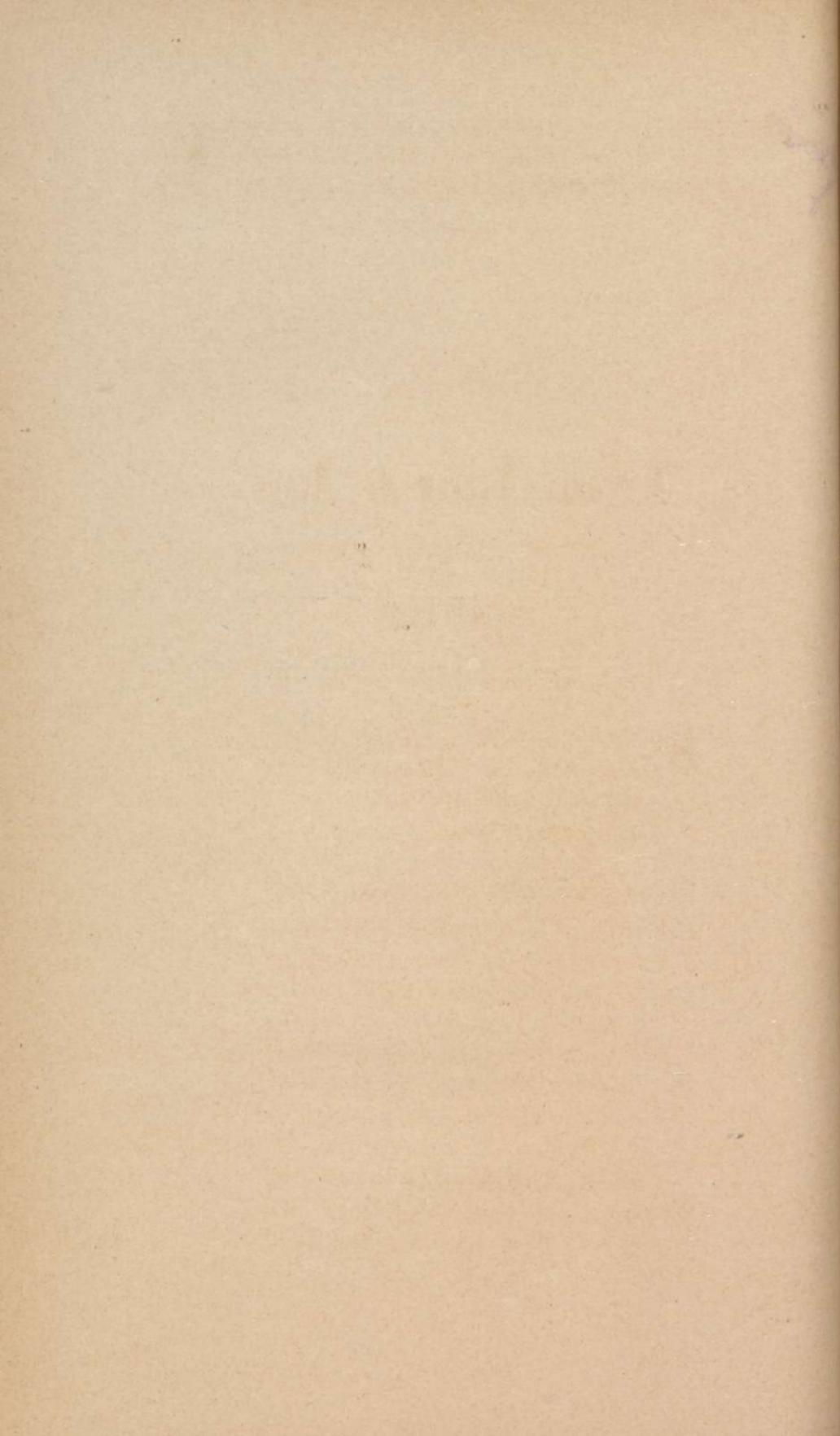
—Dame tus nítidas galas,
y tus perlas y tus flores.
—Y perderán sus colores
si no las cubren las alas
del Amor de los amores.

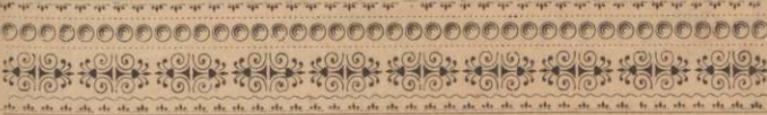
Sonó el arpa melodiosa
llena de ardiente arrebato.
Luego el Rey con poderosa
voz dijo:—*Suba la esposa
que adoraba mi retrato.*

Quedó el alma del impío
abismada en el vacío
con pesadumbre fatal,
y lloró sn desvarío
entre la sombra infernal.



A Santa Teresa de Jesús.





A Santa Teresa de Jesús

SONETOS

I

SEÑOR, te busco con amante anhelo
en la serena luz del claro día,
del aire en la suavísima armonía
y en la radiante bóveda del cielo.

Siempre te oculta trasparente velo,
aunque eres bello para el alma mía
mas que el éter azul con su alegría
y el sol que gira en rutilante vuelo.

Dices... y abre el alcázar diamantino
sus puertas de zafir. Entre fulgores
brilla el semblante de Jesús divino,

Y el fuego del amor de los amores
penetrando en tu pecho y en tu mente
te torna en puro serafín ardiente.

II

— «¿Dó está el Esposo que en amor divino
me inundó con la luz de su mirada?»
exclamaste de Cristo enamorada
corriendo en pos de celestial destino.

En alas de potente torbellino
tu alma en fuego seráfico abrasada
bebió el fulgor de la inmortal morada
que alfombra y vela el éter cristalino.

En los terribles antros del Averno
buscarás sin temor al noble esposo
viendo en cielo trocado el hondo infierno;

Pero mírale en trono esplendoroso
feliz brindarte con amor eterno
perpetua dicha y perenal reposo.



LA FE Y LA INDIFERENCIA

1870

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...



La Fe y la Indiferencia

BRILLA la aurora nacarada y pura;
espléndido en Oriente nace el sol;
mansa juega la brisa en la espesura,
dulce canta en la selva el ruiñeñor.

Coronado de lirios y azucenas
borda los campos el florido Abril,
tornando en fresco césped las arenas
y el rudo bosque en mágico jardín.

Envuelve sus contornos la colina
en velo de brillante rosicler,
y suspira la fuente cristalina
de flores bajo rústico dosel.

Sus arrullos exhalan las palomas
entre el blanco jazmín y el azahar,
y cargado de músicas y aromas
cruza el viento su alcázar de cristal.

CREYENTE

—¿Quién eres tú, Señor Omnipotente,
Padre del mundo, de la luz autor?

Déjame ver tu faz, tu noble frente;
haz que yo escuche tu tonante voz.

Mi ventura se cifra en adorarte:
sometido á tu ley ansío vivir:
¡oh, cuán feliz si logro contemplarte
con el ardiente amor de un querubín!

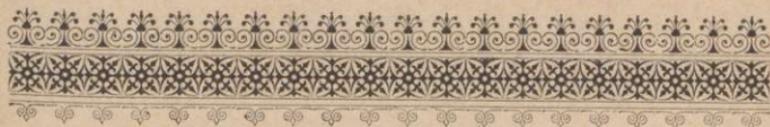
INDIFERENTE

—Ramillete magnífico de flores
es la vida, y el mundo es un edén;
yo no se quién me colma de favores,
mas tampoco le anhelo conocer.

Si la vida del hombre es una perla,
de placeres divino talisman,
¿qué me importa saber al recogerla,
quién, por olvido, la vertió al pasar?



LA VIRGEN DE LA FUENSANTA



La Virgen de la Fuensanta

LEYENDA HISTÓRICA DE CÓRDOBA

PRIMERA PARTE

UN DESCONOCIDO

ARDIENTES rayos desgarran
la negra capa del cielo;
la lluvia cae á torrentes;
brama el aquilón soberbio,
y con sus hórridas alas
que agita raudó y violento,
cobija á las potestades
tenebrosas del infierno.

¡Lúgubre noche! Qué horribles,
qué pavorosos misterios
cubres con tu denso manto
para la virtud funesto!
¡Cuántos ayes de amargura

mezclados van á tu aliento!
¡Cuántos postreros suspiros
sofocan tus roncós truenos!

Córdoba, la más hermosa
población del suelo ibero,
es hoy fúnebe teatro
de atroces dramas sangrientos.
Los enemigos de Dios
profanan sus santos templos,
escarnecen á sus hijos
y en sangre tiñen su suelo.

Los cristianos valerosos
no temen morir, vertiendo
raudales de ardiente sangre
de su herido noble pecho;
sólo temen que los moros,
en sus instintos perversos
sácien el furor infame
con que guerra hacen al cielo
en las imágenes puras
de sus príncipes excelsos.

Por un callejón oscuro,
en negro capete envuelto
un hombre á buen paso marcha
los ojos atrás volviendo.
Algún objeto abultado
lleva oculto, que el secreto
que él quiere guardar revela
la figura de su cuerpo.

Dos hombres siguen sus pasos

con refulgentes aceros
desnudos, ansiando sólo
sepultarlos en su seno.
Uno por fin se adelanta
y haciendo el último esfuerzo
acércase al fugitivo:
alza el brazo y gime el viento
bajo el formidable golpe
que descarga; mas sereno
el misterioso embozado
sigue su camino ileso.

Estupefactos se miran
los perseguidores fieros
y el que detrás caminaba
pregunta de asombro lleno:
—¿Qué hiciste?

—Darle un mandoble
(dijo el otro) tan tremendo,
que hundir hubiera podido
una montaña de hierro.
—Y erraste el golpe?

—El alfanje
iba á sus sienes derecho;
mas juro por el Profeta
que un ser extraño, algún genio
á nuestra causa contrario
mi brazo torció: le siento
dolorido... ¿Dónde vas?
—A perseguirle.

—El infierno
le favorece, ó acaso
le proteja el mismo cielo.

No le sigas, es en vano:
sin duda algún amuleto
lleva escondido: no expongas
tu vida, que es hechicero.

Los armados mahometanos
tomaron la vuelta presto;
y entre las nocturnas sombras
presurosos se perdieron,
llena la mente de dudas,
lleno el corazón de miedo.

El embozado, entretanto,
sigue con paso ligero
por varias calles, y llega
al medroso campo. El viento
con melancólicos ayes
turbaba el hondo silencio
de la oscura noche. El Betis
ronco murmullo no lejos
alzaba, de blanda arena
revolviéndose en el lecho.
De Córdoba las murallas
rotas y de horrible aspecto,
que ocultaban parecía
inmensa legión de espectros.
La misteriosa corneja
ave de temible agüero,
dejaba de vez en cuando
escuchar su triste acento.

¿Quién podrá ser el incógnito
que sin temer al soberbio

soplo de los huracanes
ni del alto rayo al fuego
ni á la destemplada furia
de todos los elementos
la soledad busca ansioso
y se interna en un desierto?
¿Será algún ladrón infame
ó nigromante funesto
que con potentes conjuros
pueda abrir el hondo infierno?

Sigámosle: sin descanso
atraviesa un llano extenso
poblado de secas yerbas
entre liquidados hielos.
Detiénese luego un punto,
cobra fuerzas, toma aliento,
clava en el cielo los ojos
y suspira. Con recelo
vuelve entonces la cabeza
mirando á diestro y siniestro,
y convencido que nadie
pueda salirle al encuentro,
descubre el objeto raro
que guardó con tanto empeño.
Échase al punto de hinojos
mares de llanto vertiendo
y de sus trémulos labios
brotaron estos acentos:

—Adorada Madre mía,
Reina de la tierra y cielo,
que á tus piés arrodillados
miras los ángeles bellos;

¿no quieres ya entre nosotros
vivir? Al golpe tremendo
de las iras celestiales,
¿qué escudo presentaremos?
¿Por qué los cielos se enojan
tanto contra nuestro pueblo
y permiten que el abismo
grave en él su horrible sello?
Nuestros templos ¿dónde están?
¡Ay!... ya no existen... cayeron
bajo el prepotente brazo
del enemigo protervo!
Ya las santas oraciones
suben á Dios en silencio
en los libres cefirillos
de amor dulces mensajeros;
ya no vuelan cual palomas
las blancas nubes de incienso,
ni nuestros solemnes cánticos
hacen retemblar al viento.
Adios, adorada Madre:
ya aquí no vives, has muerto
para nosotros, y es fuerza,
por librarte de los fieros
insultos de los malvados,
buscarte un asilo en medio
de los solitarios bosques
que albergue dan halagüeño.
A su apartado recinto
que el mundo ve con desprecio
no llegan de inmundo lodo
cubiertas y de veneno,
ni la mano del impío,

ni la lengua del blasfemo.
Adios... Adios... que mis lágrimas
recibas allá en tu reino
y amorosa nos envíes
el anhelado consuelo.

Así dijo el embozado,
y después, falto de aliento,
ahogando débil suspiro,
cayó desplomado al suelo.
En aquel punto un relámpago
tendió sus alas de fuego
sobre él, y bañó en fulgores
el preciosísimo objeto
á quien dirigido había
sus lágrimas y sus ruegos.
Era una bella escultura
de la Reina de los Cielos,
y se vió la santa imágen,
sus ojos de amores llenos
fijar en su desdichado,
y devoto compañero
como los fija una madre
en el hijo predilecto.

A la margen de un arroyo
que se desliza sereno,
secas, espinosas zarzas
y verdes cañas lamiendo;
sobre el cristal de una fuente
pura cual límpido espejo,
descuella silvestre higuera
cuyo enorme tronco hueco

pudiera ocultar la efigie
dentro del cóncavo seno.
Allí con trémula mano
el hombre, de Dios sintiendo
el corazón oprimido,
puso la imágen, y luego
hácia la ciudad volvióse
sin vida y los ojos secos
de tanto llorar: con ayes
de dolor silbaba el viento,
escuchando allá en el bosque
reproducidos sus ecos:
el cielo en lánguida lluvia
mostraba su amargo duelo,
y los ángeles hermosos,
sobre las nubes suspensos,
contemplaban conmovidos
el espectáculo tierno.



SEGUNDA PARTE

GONZALO GARCÍA

I

Al fin sonó la afortunada hora
de sacudir el ominoso yugo
de los hijos de Agar: hoy el Alarbe
hunde su frente bajo el lodo inmundo.

Aquel inmenso imperio floreciente
que en las entrañas del desierto rudo
nació y en cuna de abrasada arena,
de orientales canciones al arrullo,
fué creciendo y después inundó el orbe
de su bárbara fe bajo el escudo,
ya se desploma: España sacudiendo
el fatigoso sueño que la puso
en fiera esclavitud, su heróico esfuerzo,
su proverbial valor recobra al punto.
Al pié de cada flor un héroe nace
en este suelo, en mártires fecundo,
donde el hierro que siembra sangre y muerte
ilustres hechos vé que dan por fruto,
donde el tirano que desdichas labra
vé que engendra al valor el infortunio.

Sólo un rincón, aunque florido y bello

queda á los hijos del Profeta impuro,
del eden español donde soñaron
entre flores hallar grato sepulcro
y desde allí volar al paraíso,
mansión del bien y del contento sumo.

Córdoba se rindió; la ciudad bella
emporio de la ciencia donde tuvo
un templo el Arte y la inmortal Poesía
supo ejercer su saludable influjo,
donde moros ilustres desdeñando
de Marte airado el hierro furibundo
al campo de la pura inteligencia
fueron con viva sed de nobles triunfos
y consiguieron en su afán de gloria
eternizar sus nombres en el mundo;
Córdoba es ya del cristianismo foco:
de un santo rey al poderoso impulso
se hundió el alcázar que el infiel alzara
con su aguerrido brazo tan robusto.
Huyó la ciencia antigua; más en cambio,
de la divina luz el brillo puro
disipó las tinieblas en la mente
antes llena de míseros absurdos.

No es ciencia la que al hombre no engradece,
su destino es hacerle bueno y justo:
doctrina vil que á la moral deprime
hace al saber abominable insulto.

II

Corría el siglo quince: de Castilla

sentábase en el trono Juan Segundo,
y en tanto que sus nobles mal contentos
se agitaban con guerras y disturbios
que en pérfido consorcio presidieran
la bastarda ambición y el fiero orgullo,
de relevantes prendas adornado
y de virtudes que desdeña el vulgo,
en Córdoba vivía un hombre humilde
honrado y fiel, mas de linage oscuro.

Cercábanle gravísimos cuidados,
y pobre, sin amigos, sin recursos,
á través de sus lágrimas vió siempre
de la inflexible suerte el ceño adusto.
Con su enferma mujer, su hija demente
y él sin poderlas dar alivio alguno,
dentro del triste corazón sentía
el más hondo dolor, el más agudo,
no encontrando consuelos en los hombres
que al ver de la desdicha el rostro mústio
huyen cual si temieran el contagio
recibir en el aire de un saludo.

Los grandes de la tierra en sus placeres
temen mirar de cerca un importuno
de esos que escrito el sufrimiento llevan
en su marchita faz con hondos surcos;
por eso el buen Gonzalo, que tal era
el nombre que á los cielos darle plugo
á este padre infeliz, jamás hallaba
un pecho noble, generoso y puro
donde pudiera en dulce confianza
depositar las lágrimas del suyo.

Mas él no se arredraba, que en el cielo
buscaba protección; y si confuso
en el revuelto mar de sus ideas
vióse expuesto á perder el recto rumbo
de su razón, el nombre de la Virgen
era el potente, mágico conjuro
que calmaba los vientos impetuosos
volviéndole la paz en solo un punto.

Llegó para Gonzalo un triste día
que horrendo colmo á sus desgracias puso:
sus hijos pan pidiéronle llorando
y el desdichado padre no le tuvo:
su esposa se quejó, le reconvino
y le hizo cargos en verdad injustos.
Rechazado Gonzalo, á la demente
acercóse, que atada á un hierro duro
como temible fiera se agitaba
impulsada de un vértigo profundo.

— «¿A qué te acercas, detestable viejo?
dijo á su padre y apretó los puños.
¿Cuándo piensas sacarme para siempre
de este horrible misérrimo tugurio
donde llena de harapos y de heridas
mi juventud y mi vigor consumo?
Yo no quiero vivir como una esclava
sino como una reina: de éste súcio
calabozo salir quiero al momento,
y en palacios de mármol, donde el rubio
sol se repita en perlas y diamantes.
ansió vivir entre el deleite y lujo:
quiero jardines de fragantes flores,

quiero de una princesa el tren agosto,
y si no lo consigo, de mi vida
furiosa voy á desatar el nudo.»

Procuró el padre consolarla; empero
su afan y sus esfuerzos fueron nulos,
y por dar breve trégua á sus desdichas,
por disipar el hórrido tumulto
de sus ideas, elevando al cielo
su corazón en místicos discursos,
de su casa salió; diversas calles
atravesó con rostro taciturno
viendo marchar al delicioso campo
jóvenes mil en placenteros grupos
á sepultar los restos de sus penas
de grata vid bajo el dorado zumo.
También Gonzalo al campo dirigióse,
que á solas implorar era su gusto
la protección del Dios Omnipotente
que de las almas es dueño absoluto.

III

Y era una hermosa mañana
en que el bello rey del día
de su alcázar despedía
su purísimo esplendor,
y los montes y los valles
y los collados amenos
estaban de pompa llenos
y de luciente verdor.

La galana primavera

desenvolviendo su manto
de juventud y de encanto
colmaba el rico verjel,
y el manso arroyo vestido
de perlas y argentería
por la pradera corría
bajo florido dosel.

Volaban las mariposas
cual joyas entre las flores;
cantaban los ruiseñores
á la venida de Abril,
y de aromas y armonías
sucumbiendo al dulce peso,
ora un suspiro, ya un beso
lanzaba el áura sutil.

Bajo este cielo apacible
y en este campo risueño
donde la vida es un sueño
de las dichas del edén
¿habrá corazón alguno
que de horrorosa tormenta
sufriendo el estrago sienta
perdido su dulce bien?

Sí, que los males del alma
se esconden en lo profundo
del corazón y del mundo,
los aumenta el esplendor.
El hombre entonces recuerda
que á ser dichoso ha nacido,
y llora su edén perdido
con más intenso dolor.

Gonzalo absorto, admirado
ante el brillo y la grandeza
que ostenta naturaleza,
espejo puro de Dios,
por encontradas ideas
combatido se sentía,
y su mente se perdía
de vagos sueños en pos.

Figurábase en el cielo
mirar de Dios la sonrisa
y que el gemir de la brisa
era un eco celestial
que del alcázar divino
bajando en dulce concento
anunciábale el momento
de poner fin á su mal.

Hay voces desconocidas
de mil fantásticos seres
que turban nuestros placeres
ó alivian nuestro dolor
cuando de dichas ó angustias
el alma siente el exceso
y del bien ó el mal al peso
rendida pierde el vigor.

Y siempre que de los sueños
en las mágicas regiones
penetran los corazones
dulce reposo á buscar,
en sus nebulosas puertas
vagas palabras escuchan,

y en vano afanosos luchan
queriéndolas descifrar.

Gonzalo á veces sentía
ya el temor, ya la esperanza;
ya en tormenta, ya en bonanza,
ya en paz, ya en agitación,
dentro del pecho luchando
á solas consigo mismo
sintió que en inmenso abismo
iba á hundirse su razón.

Y escuchaba extrañas voces
como el eco de una tumba
que le gritaban: «Sucumba
el que nace á padecer.»
Gritos que allá del infierno
medroso el viento traía,
y Gonzalo se sentía
entonces desfallecer.

Pero luego descendida
de la celestial altura
una brisa blanda y pura
como los sueños de amor,
girando en torno á su frente
gritaba con voz sonora:
«¡Feliz el que sufre y llora,
que le consuela el Señor!»

Y el génio del mal entonces
entre el aroma suave
de la flor bella y del ave
tomando el dulce cantar,

quiso con mágico filtro
que derramaba en el viento,
de Gonzalo el pensamiento
dulcemente envenenar.

Y le dijo: «no más llores
que el mundo al placer convida;
aun no conoces la vida
por su lisonjera faz;
si en tu hogar encuentras sólo
hambre, llanto, angustia y guerra,
huye de esta ingrata tierra,
parte en busca de la paz.

»Verás la voluble suerte
cual te colma de caricias;
gozarás de mil delicias
con lujo y esplendidez;
vuela, sí, y entre diamantes,
en olorosos jardines,
el aura de los festines
busca siquiera una vez.

»Busca el oro, que en el mundo
no hay otro poder que el oro,
y amor, justicia, decoro
todo cede á este metal;
él es el móvil supremo
de las humanas acciones,
él reina en los corazones
y no consiente rival.

»Busca las bellas sonrisas
de mujeres seductoras

en las silenciosas horas
de ensueños y de placer,
cuando la argentada luna
con el fulgor que derrama
de amor la gigante llama
sabe en el pecho encender.»

Mas luego de Dios el ángel
tomando formas severas,
destruyó las lisonjeras
del génio de la impiedad,
y al alma del buen Gonzalo
hizo ver el hondo infierno,
la mansión del llanto eterno
en su horrenda inmensidad.

Y mostróle extraños rostros
que con furor blasfemando
y los dientes rechinando
giraban en lucha atroz,
condenados al suplicio
de llorar siglos sin cuento
por escuchar un momento
de los placeres la voz.

Gonzalo, de asombro lleno,
en tierra cayó de hinojos
y al cielo alzando los ojos
de acerbo llanto á través,
dirigió sus oraciones
á la celestial María,
á aquella que luz y guía
de los desdichados es.



IV

«Hermosa reina del cielo
tiéndeme tu excelsa mano,
pues jamás te invoca en vano
quien necesita consuelo.
Si á través del azul velo
que el sol trasparente y dora
mis lágrimas ves, Señora,
con maternal compasión
consuela este corazón
de un desdichado que llora.

»En triste noche sombría
voy vagando por la tierra:
la fortuna me hace guerra
y el infierno me extravía;
pero tú que eres, María,
pura y bellísima aurora,
tu lumbre consoladora
sobre mí derramarás,
y la senda mostrarás
á el alma que errante llora.

»No busco el falso oropel
que estima la sociedad:
está la felicidad
del hombre muy lejos del;
tú desde el regio dosel
que el sol eterno decora,
con mirada brilladora

llena de divino encanto
puedes enjugar el llanto
y *hacer feliz al que llora.*

» Dame el bien que necesite,
pues yo mismo no lo sé:
que nunca pierda mi fe
ni al vicio me precipite.
Que jamás se debilite
esta fuerza protectora
que tu mano bienhechora
me dió contra Satanás,
y es el don que anhela más
el que combatido llora.

» Pues eres astro en Oriente
de cándido resplandor,
de las virtudes la flor
y de las gracias la fuente,
derrama en mi labio ardiente
esa linfa encantadora
y el pesar que me devora
huirá borrando sus huellas;
oye, oh Madre, las querellas
de un hijo; *¿no ves que llora?*

Así Gonzalo dijo
con lágrimas ardientes
clavando sus miradas
en los fúlgidos cielos transparentes,
y de la Virgen pura
anhelante esperaba su ventura.

También á veces con fervor llamaba

al gran Acislo, á la inmortal Victoria,
á aquellos dos insignes cordobeses
que gozan hoy de Dios la eterna gloria
á su patria feliz ennobleciendo,
á aquellos santos mártires que ardiendo
en el amor que diviniza al hombre
defendieron de Dios la fe y el nombre
entre suplicios bárbaros muriendo.

A la encantada márgen de un arroyo
que en lánguidos acentos murmuraba,
sentóse tristemente,
y sus copiosas lágrimas mezclaba
con el limpio cristal de la corriente,
y sus ayes profundos
en las alas del viento se perdían,
ó á veces no lejanos
ecos á sus sollozos respondían.

Y en tanto que agitado, el pensamiento
alzaba á Dios en éxtasis de amores
pidiendo humilde que cesar hiciera
de su tirana suerte los rigores,
dentro del noble pecho dolorido
sintió brotar la fuente del consuelo,
como si hubiera el cielo
un resorte recóndito movido.

Entonces vió de lejos
por un gallardo joven precedidas
dos mujeres hermosas,
más que las azucenas y las rosas,
en los pensiles mágicos nacidas.

Los pájaros al verlas
con extraña dulzura gorjeaban,
y del campo las flores y las perlas
en diamantes y estrellas se trocaban:
Gonzalo, absorto, mudo,
fijar los ojos quiso
en la bella mujer que iba delante;
mas soportar no pudo
el divino fulgor de su semblante.

Ella, entretanto, con sonrisa pura,
más que del sol, de Mayo los albores,
más que el aura que gime en la espesura,
más que el aroma de las blancas flores,
con voz bañada en célica dulzura
que nunca imitarán los ruseñores,
acércase á Gonzalo
y cual si en él hallase tierno amigo,
le dice con amor: —«Paz sea contigo.»
Gonzalo sorprendido
escuchó con temblor este saludo
como por mano misteriosa herido;
sus plantas vacilaron:
ante aquella mujer cayó de hinojos,
y en rápido torrente derramaron
lágrimas de placer sus mústios ojos.

—«¿Quién eres tú, la dijo,
que con la bella luz de tu mirada
como los puros ángeles del cielo
llenar sabes de mágico consuelo
de un infeliz el alma atribulada?»

—«Yo soy la eterna amiga

de los hombres que férvidos me llaman
cuando males tristísimos deploran,
y mis hermanos son aquellos que aman
y mis queridos hijos los que lloran.

»Tus lágrimas he visto,
tus profundos suspiros he escuchado,
y las tiernas plegarias elocuentes
que á tu labio dulcísimo ha dictado
la celestial virtud de los creyentes.

»No temas... esa fuente peregrina
que al pie de verde higuera pura mana,
una virtud encierra portentosa:
toma un vaso del agua cristalina
que allí verás brotar, dálo á tu esposa
y á tu hija... cuán purísimo consuelo
has de sentir mañana
al ver que la una, cuerda, la otra, sana,
dulces ecos de amor mandan al cielo.»

Meditaba Gonzalo conmovido
estas palabras, y el feliz augurio
aun á creer no acierta,
que nunca la fortuna caprichosa
quiso llamar á la menguada puerta
de su olvidado mísero tugurio.
Entonces el mancebo
con esforzada voz dice: —«No tardes
si anhelas ver colmada tu ventura;
haz lo que te ha mandado
la Madre del Señor, la Virgen pura,
que á consolar tus penas ha bajado

de su trono eternal de luz y gloria,
pues gracia tal en tu favor consigue
hoy mi ruego y el de esta que me sigue,
mi amada hermana, la feliz Victoria.»

Gonzalo esto escuchó, y en vano quiso
hablar, que el gozo le embargó el aliento,
y como herido de invisible rayo
vino á tierra en suavísimo desmayo,
en éxtasis velado el pensamiento.

Abrió luego los ojos y buscando
la anhelada visión encantadora,
tan sólo vió sus celestiales huellas
en los matices de lejana aurora
y en el iris espléndido, divino,
que cual fimbria riquísima ostentara
en el cielo su manto purpurino,
dejándole sembrado en flores bellas
de tan radiante luz, que cerca de ellas
asombrado el soberbio rey del día
un pálido cadáver parecía.



TERCERA PARTE

UN ERMITAÑO

I

El celestial vaticinio
de la Divina Señora
cumplióse en el mismo día
con exactitud pasmosa.
Apenas el buen Gonzalo
llevó el agua bienhechora
á su casa y la bebieron
en pos su hija de su esposa,
de la salud vió brillar
ésta la plácida aurora,
y aquella de su delirio
miró huir las negras sombras.

Con mil gritos de entusiasmo
daban al Eterno gloria,
celebrando en dulces himnos
sus incomparables obras.

Con cien alas y mil lenguas
fué la Fama voladora
llevando por todas partes

esta nueva portentosa;
ó quizá fueran aquellos
génios de misericordia
que el sueño de la inocencia
velan, derramando aromas
en la nacarada frente
de la vírgen candorosa
y con sus alas rechazan
á las sombras tentadoras.

Entonces de la ciudad,
y también de muchas otras,
mil enfermos acudieron
á la fuente milagrosa,
y al beber sus puras aguas
con la fe, *que es la victoria*,
sintieron de sus dolencias
la enorme cadena rota,
de su salud contemplando
la estrella consoladora.

Y era esta fuente la misma
que al pie de la misteriosa
higuera brotaba, donde
con cauta mano devota
ocultó un desconocido
la imagen de la piadosa
Madre del Divino Verbo
entre mil tiernas congojas
de amor, como ya hemos visto
al comenzar esta historia.

Después el Señor no quiso,
cuando con su mano heróica

el gran Fernando Tercero
puso la cruz por corona
á las torres eminentes
que el diáfano cielo bordan
de Córdoba y de Sevilla,
hacer la maravillosa
revelación del asilo
de la imagen protectora.
Ni de los célicos labios
de aquella ante quien se postran
los alados serafines,
la oyó Gonzalo; tal honra
fué para un santo ermitaño
como inapreciable joya.

II

A través de blancas nubes
con miedo la luna asoma,
mirando en el claro Bétis
su pálida faz llorosa.
Doce lentas campanadas
se han perdido en las remotas
regiones de las estrellas,
y armado de espesa sombra
y helada niebla, el silencio
inunda la tierra toda.

Ni aun los céfiros se atreven
á mover las vagorosas
alas; la luz de los astros

tímida baja y se asombra
al tocar la tierra; á veces
en ráfagas misteriosas
óyense venir de lejos
voces desconsoladoras
que en el espacio sombrío
se pierden como las gotas
del agua en el gran Oceano.
¡Son las doce! ¡ay! triste hora
en que el ángel de tinieblas
fuerzas de gigante cobra!
Mas también el puro cielo
á los justos enamora
con los sueños de la gracia,
con la visión de la gloria.

La Arrizafa y el desierto
de las ermitas se tocan
en la solitaria falda
de la sierra tenebrosa,
cual dos beldades amigas
que mutuamente se apoyan
y unidas del brazo esperan
entre tinieblas medrosas
escuchar de sus amantes
las pláticas seductoras.

Un anciano anacoreta
que á la fuente milagrosa
el verse libre debía
de una enfermedad traidora,
en su silencioso asilo,
lejos de la estéril pompa

del frívolo mundo, á Dios
alzaba la mente absorta,
ansiendo saber la causa
del portento, y de su boca
estas plegarias salían
con dulce unción religiosa.

—«Eterno Rey del cielo
que diste al sol su lumbre seductora,
perlas á el arroyuelo,
á el ave voz canora
y rosas esplendentes á la aurora.

Tú, Dios de la armonía,
centro inmoble de luz y de belleza,
de amor y de poesía;
tú, fuente de pureza,
do su encanto bebió naturaleza.

Templa la sed ardiente
que tengo de verdades. ¿Por qué unida
á el agua trasparente
virtud hay escondida
que obró el milagro de salvar mi vida?

¿Qué encierra aquella higuera,
árbol de ciencia que la ciencia vana
del débil hombre altera?
¿Qué fuente soberana
de dichas y virtudes allí mana?

Pero quizás osado
te ofendo yo con mi soberbia loca.
Dí si te has indignado

y esconderé mi boca
en ese polvo que mi planta toca.»

Apenas estas palabras
suben á las fulgorosas
regiones de luz eterna,
donde los ángeles moran,
cuando el santo anacoreta,
cuya megilla rugosa
presta cauce en hondos surcos
á el río que en blandas olas
de llanto su amor publica
y su humildad religiosa,
siente una música extraña,
cuyas suavísimas notas
antes qua al oído lleguen
con ansia el alma devora;
que el alma rompe su encierro
cuando espera portentosas
revelaciones, á imagen
de la esposa encantadora
que sale de la ciudad,
donde vive entre congojas,
á recibir anhelante
al tierno esposo que torna
á sus brazos, pues los muros
de estrecho pueblo le ahogan.

Absorto después contempla
el ermitaño en las toscas
paredes de su retiro,
entre clara luz remota,
dibujarse suavemente

un ser de divinas formas.
No sabe si un ángel es;
mas se arrodilla y adora,
que al nuncio de Dios conoce
en los signos de su gloria;
y en tanto que está de hinojos
en actitud respetuosa,
el celestial enviado
le dice con voz sonora:

—«Varón de Dios querido,
escucha los oráculos del cielo,
que ya compadecido
de tu amoroso anhelo
te manda por mi voz dulce consuelo.

En premio del profundo
amor que entre humildades atesoras,
el gran Creador del mundo,
á quien rendido adoras,
te revela el secreto que le imploras.

Sabe que en esa higuera
que la ciencia del hombre, torpe y vana,
confunde, humilla, altera,
mora la Soberana,
á cuyos piés la luna brilla ufana.

En copia de alabastro
allí se oculta la inmortal grandeza
de la que enciende el astro
de celestial pureza
y es modelo de amor y de belleza.

Por eso el que á la fuente
que allí vierte raudales de agua pura

aplica el labio ardiente,
ya tiene... ¡cuán segura...!
su preciosa salud y su ventura.

Ve, pues, y dí al Prelado
el secreto que el cielo te confía,
y el pueblo afortunado
que en tanto amor se cría,
rinda de amor tributos á María.»

Del ser misterioso luego
la imagen se descolora,
dejando sólo por huellas
nubes de nacar y rosa;
extasiado el ermitaño,
ni aun respira, y de su boca,
sin que los labios se muevan,
santas oraciones brotan.
Al cielo quiere volar;
mas el cuerpo se lo estorba,
y sólo entonces comprende
que arrastra terrena escoria.

El uso de sus sentidos
á lento paso recobra,
y á Dios de nuevo da gracias
por la señalada honra
que acaba de concederle,
anhelando de la aurora
ver la primera sonrisa
para terminar la obra
y llevar al buen Prelado
la nueva maravillosa.

CONCLUSIÓN

I

Era el ocho de Septiembre,
como nos han referido
las tradiciones, el día
en que observé aquel prodigio,
día en que la Iglesia canta
las glorias del Natalicio
de la Virgen, protectora
de aqueste pueblo escogido,
y el mismo día cesó
el espantoso castigo
de una terrible epidemia
que inmensos estragos hizo.

¡Dichosa, oh Córdoba, tú!
¡Dichosos todos tus hijos,
que en la Reina de los cielos
hallan á su mal alivio,
en la que es fuente de gracias
y baja como el rocío
de las celestes mansiones
dando amparo al desvalido!

Por orden del buen Prelado,
de la higuera, templo antiguo

cerrado por Dios, fué luego
el depósito extraído;
y sobre la *santa fuente*,
de eternas glorias testigo,
instrumento venerable
de celestiales designios,
labrar un humilladero
dispuso, porque en el sitio
donde la Virgen obrara
sus portentos inauditos,
recibiese bendiciones
del pueblo favorecido.

Recogió luego en su seno
la muerte al piadoso Obispo,
á quien llamó el cielo *Sancho*
y *Rojas* añadió el siglo,
y habiendo testado, cuentan,
so el compatente permiso
del que sentado brillaba
bajo el sólio Pontificio,
hizo un piadoso legado
para ofrecer culto digno
á la milagrosa imagen
que Dios descubrirle quiso.

Después en sede vacante
tomó á su cargo el Cabildo
de la Iglesia cordobesa,
con religiosos designios,
recoger gruesas limosnas
del pueblo, que agradecido,
con pródiga mano daba

lo supérfluo... y lo preciso
para atender de la Virgen
al puro culto divino,
y sobre el humilladero
brilló, casi de improviso,
sostenido en cuatro naves
un anchuroso edificio,
cobijando aquella fuente,
fuelle de tantos prodigios.

Luego al ver que cada día
del pueblo reconocido
la devoción se aumentaba,
y al ver que eran infinitos
los estupendos milagros
que contaban conmovidos
los cordobeses, dispuso
con santo celo el Cabildo
edificar una iglesia
en aquel célebre sitio.

A la sazón convidada
por el nombre ya extendido
de estas aguas milagrosas,
la Reina de España vino,
que enferma, hallar anhelaba
á sus dolores alivio;
y al recobrar la salud,
ricas donaciones hizo
de primorosas alhajas;
entre ellas, de oro exquisito,
una corona á la Virgen
regaló, y otra al divino

Infante que entre sus brazos
tiene, Rey del Paraíso.

También mandó levantar
en aquel campo, contiguo
al edificio sagrado,
un hogar nada mezquino,
donde hospedarse pudiesen
los viajeros que atraídos
por la fama visitaran
aquel celestial recinto.

Con tan felices apoyos,
bajo tan bellos auspicios,
tuvo comienzo la obra
del sacro templo bendito,
que á mediados terminóse
del siglo décimo quinto,
y en sus elevadas naves
hoy recibe los suspiros
de los que humildes demandan
de la Virgen los auxilios.

Edificada la iglesia,
al punto fué conducido
á su recinto sagrado
el depósito divino
de la milagrosa imagen
con general regocijo.
El pueblo, lleno de gozo,
entonaba dulces himnos
á la inmaculada Madre
y al bello increado Hijo,
en quienes vió sus Patronos

desde aquel instante mismo.
Las blandas auras besaban
con arrullos peregrinos
los piés de la hermosa Reina,
de los ángeles hechizo,
y la enviaban las flores
aromas nunca sentidos;
y el sol desde el alto trono
do preside al raudo giro
de los planetas, lanzaba
nuevo magestuoso brillo.

II

Y el pueblo en honor del hecho
que le dió ventura tanta,
del hondo abismo en despecho,
celebra, de amor deshecho,
la *feria de la Fuensanta*.

Y cada año en aquel día
cuya luz fué la primera
en saludar á María,
va al templo con alegría
y devoción verdadera.

Y con fe pura y ardiente,
inundado en dulce gozo,
después de humillar la frente
á Dios, visita la *fuenta*,
hoy ya convertida en *pozo*.

Que de esta fuente de amor
el cristalino raudal
es bálsamo extirpador
de todo humano dolor
y alivio de todo mal.

Y el alma purificada
por la ferviente oración
en esta santa morada,
goza luego alborozada
de inocente diversión.

Pues no mancha estas escenas
repugnante estupidez,
que á torpes vicios ajenas.
pasan de delicia llenas
y agradable sencillez.

Nunca la brutal pasión
con desenfreno levanta
su faz de horrible dragón,
que anima la diversión
la Virgen de la Fuensanta.

III

Hermosa Reina del brillante cielo,
del bien y la virtud eterna aurora;
astro de paz y fuente de consuelo
para el que triste y desdeñado llora;
mi mente quiso remontar el vuelo

hasta tocar tu planta protectora
é inundada de amor y de esperanza
cantarte dulces himnos de alabanza.

¿Y qué mortal afortunado pudo
mirar la eterna luz de tu belleza?
A mi canto, terreno, torpe y rudo,
nadie pida que alabe tu grandeza.
Postrarse ante tus piés humilde y mudo,
adorar en silencio tu pureza
y bendecir en éxtasis tu nombre,
es el destino reservado al hombre.

Mas si la voz ferviente que te envía
en lágrimas de júbilo bañada
el pueblo amante que en tu amor confía
puede subir á tu inmortal morada,
óyela por piedad, que es, oh María,
de tus hijos la voz enamorada,
y humildes piden á tus piés de hinojos
que no apartes jamás de ellos tus ojos.



Al desierto de las Ermitas de Córdoba

Al Desierto
DE LAS ERMITAS DE CÓRDOBA

SALVE, mansión hermosa,
donde el alma inundada de alegría
en dulce paz reposa;
deja que el alma mía
la esencia beba en tí de la poesía.

Deja que aquí mi pecho
descanse del afán de las pasiones,
y en lágrimas deshecho,
con santas oraciones
me olvide de este mundo de ilusiones.

Yo traigo una plegaria
de que será divina mensajera
tu brisa solitaria,
esa brisa ligera
que ufana sube á la celeste esfera.

Ya aquí, lejos del mundo,
en su retiro misterioso y santo

da treguas mi profundo
dolor, y el dulce encanto
templa las amarguras de mi llanto.

La santa penitencia
aquí del hombre fortalece el alma;
y pura la conciencia
y el corazón en calma,
recibe el justo inmarcesible palma.

Y sin el vano ruido
de las fiestas y danzas de la corte,
el corazón movido
por celestial resorte
busca de Dios el milagroso norte.

Tú que el sol encendiste
con sólo una mirada de tus ojos,
tiende la mano al triste
que va pisando abrojos,
sembrando halagos y cogiendo enojos.

Deja que mi alma eleve,
Señor, en este rústico retiro
y que la brisa lleve
volando en raudo giro
mi corazón al cielo en un suspiro.

Deja que entre las flores
que manso besa suspirando el viento,
de célicos amores
al revolar sediento
se pierda en un edén mi pensamiento.

¡Oh! Seductoras peñas
que haceis brotar á la azucena pura
entre salvajes breñas:
jamás la brisa impura
ajar podrá vuestra eternal verdura.

Que el rey de los pastores,
del sol sentado sobre el aureo disco,
hace nacer las flores
en este oculto risco,
do tienen sus ovejas dulce aprisco.

Aquí más puro el cielo
es, y más fresco el vagoroso ambiente;
y arrastra el arroyuelo
flores en su corriente
y tiene arrullos la llorosa fuente.

Aquí cantan las aves
gozosas, al volar de rama en rama,
con ecos más suaves;
y el sol templea su llama
y en lluvia de oro y perlas se derrama.

Bajo tan regio manto
vive la austeridad; el sacrificio
se mira sin espanto;
oculto está el cilicio
que mata en germen el funesto vicio.

¡Oh yermo donde anida
la candorosa fe; do la esperanza
de su verdor ceñida,
sin miedo á la mudanza
del mundo, vive en plácida templanza!

Cuántos nobles varones
por su cuna y sus hechos estimados
dejaron sus blasones,
rasgaron sus brocados
y en tu seno vivieron olvidados.

Eres el aura hermosa
levantada del mundo en el desierto;
y el alma que afanosa
huye el peligro cierto,
tiene en tu asilo su seguro puerto.

Por tu verdor querido,
cándida y pura la paloma bella
deja su blando nido
con lánguida querella
y las auras también gimen con ella.

Y de ese altar inmenso
que con sencillas flores se engalana,
sube á Dios el incienso
de la oración humana
envuelto en el fulgor de la mañana.

Y cuando ya su frente
oculta el sol tras el ramaje umbrío,
manda el Omnipotente
el celestial rocío,
que vuelve al corazón su heróico brío.

Bendito el que hermosura
al cielo dió, y al ave seductora
su mágica dulzura,
y á la rosada aurora
las ricas perlas que riendo llora.

Bendito quien al hombre
á mares dió su luz; mi débil canto
para alabar su nombre
con efusión levanto,
unido al coro del Empíreo Santo.



